Lev Tolstói

La esclavitud de nuestro tiempo

Alianza editorial

Lev Tolstói

La esclavitud de nuestro tiempo

Alianza editorial

Lev Tolstói

La esclavitud de nuestro tiempo

Traducción del ruso de

Esther Gómez Parro

Alianza editorial

Índice

Introducción

1. Los cargadores trabajan treinta y siete horas seguidas

2. Indiferencia de la sociedad ante la muerte de personas

3. Justificación de la actual postura de la ciencia

4. La ciencia económica afirma que los trabajadores del campo deberían pasar a ser obreros en las fábricas

5. Por qué los economistas afirman lo que no es cierto

6. Falta de base del ideal socialista

7. ¿Cultura o libertad?

8. La esclavitud está entre nosotros

9. Causas de la esclavitud

10. Leyes fiscales sobre la propiedad de la tierra y su justificación

11. Las leyes originan la esclavitud

12. ¿Cuál es la esencia de la legislación? La violencia organizada

13. ¿Qué es un gobierno? ¿Es posible la existencia sin gobiernos?

14. ¿Cómo acabar con los gobiernos?

15. ¿Qué debe hacer cada persona individualmente?

Conclusión

Créditos

Introducción

Hace casi quince años el censo de población de Moscú suscitó en mí toda una serie de pensamientos y sentimientos que manifesté como pude en el libro titulado ¿Qué podemos hacer? A finales del año pasado, 1899, volví a reflexionar de nuevo sobre las mismas preguntas y respuestas a las que había llegado en ese libro, aunque me da la impresión de que en estos quince años he podido, de manera más tranquila y detallada, gracias a la actual difusión del conocimiento, repensar el tema que desarrollé en la citada obra. Pienso que mis conclusiones pueden ser de utilidad para las personas que desean verdaderamente aclarar su postura en la sociedad y definir las responsabilidades morales derivadas de ella. Ésa es la razón por la que he decidido publicarlas. La idea principal de aquel libro y de este tratado es el rechazo a la violencia, un rechazo que comprendí y conocí a través del Evangelio, donde con mayor transparencia se halla puesto en palabras: «Se os dijo ojo por ojo…». Es decir, os enseñaron a utilizar la violencia contra la violencia. «Pero yo os enseño: poned la otra mejilla cuando os agredan»; que significa: Soportad la violencia, pero vosotros mismos no la utilicéis. Sé muy muy bien que estas grandes palabras, por causa de la superficial y perversa interpretación acordada entre los liberales y la Iglesia, serán para la mayoría de las así llamadas «personas cultas» motivo para no leer este artículo o para leerlo con prejuicios. A pesar de todo ello, deseo incluirlas en el epígrafe del presente artículo. No es mi intención molestar a los que se definen a sí mismos como ilustrados y consideran que la enseñanza evangélica es retrógrada y ha conseguido sobrevivir desde antaño gracias a la manera en que la humanidad ha sabido dirigir su vida. Mi única intención es mostrar aquella fuente de la que yo mismo he bebido el conocimiento de una verdad que está muy lejos de haber sido percibida conscientemente por las personas, y la única que puede redimirlas de sus desgracias. Eso es lo que hago.

28 de junio de 1900

1. Los cargadores trabajan treinta y siete horas seguidas

Un conocido mío, que trabaja como pesador de mercancías en la línea férrea Moscú-Kazán, hablando entre otras cosas, me contó que los obreros que llevan los bultos a su báscula tienen turnos de trabajo de treinta y seis horas seguidas. Aun sin dudar lo más mínimo de la veracidad de sus palabras, me resultó difícil creerle. Pensé que o bien se equivocaba, o exageraba, o había algo que yo no acababa de entender. Pero el hombre me contó con tal lujo de detalles las condiciones en las que se llevaba a cabo este trabajo que al final resultaba difícil dudar. Según él, en la línea férrea Moscú-Kazán trabajan un total de doscientos cincuenta cargadores. Están distribuidos en cuadrillas de cinco y trabajan a destajo. A cambio reciben un rublo o un rublo y quince cópecs por cada mil puds [1] de mercancía cargada o descargada. Llegan por la mañana, trabajan todo el día y la noche descargando y, en cuanto acaba esa noche, de madrugada, empiezan con la carga y trabajan de nuevo el día entero, así que en el plazo de cuarenta y ocho horas duermen solamente una noche. Su trabajo consiste en echarse a la espalda y acarrear fardos de siete, ocho y hasta diez puds cada uno. Dos los cargan a hombros de los otros tres, y éstos los llevan encima de sus hombros de un lado a otro. Por este trabajo ganan para su sustento menos de un rublo al día. Trabajan sin descanso, para ellos no hay festivos.

El relato del pesador fue tan detallado que resultaba imposible dudar de él, pero aun así decidí comprobar de primera mano lo que me había contado y me dirigí al andén de carga y descarga de mercancías. Allí encontré a mi conocido y le dije que había ido a ver con mis propios ojos todo lo que me había dicho.

–A cualquiera que se lo digas no te va a creer –dije yo.

–¡Nikita –exclamó sin responderme, dirigiéndose a alguien que

estaba en la garita–, ven pacá!

Por la puerta salió un obrero alto, delgado, vestido con un blusón largo y ancho desastrado.

–¿A qué hora has venido a trabajar?

–¿A qué hora? Ayer por la mañana.

–¿Y dónde has estado esta noche?

–Pues ya se sabe, aquí, descargando.

–¿Trabajan también de noche? –me decidí a intervenir yo.

–Pues claro que trabajamos.

–Y hoy, ¿a qué hora han empezado?

–Pues por la mañana, ¿cuándo, si no?

–¿Y cuándo acaban la jornada?

–Anda, cuando nos despachen. Entonces acabaremos.

Se acercaron entonces otros cuatro obreros que, junto con el primero, formaban la cuadrilla de cinco. Iban todos sin abrigo de piel, vestidos solamente con blusones harapientos, a pesar de que estábamos a casi veinte grados bajo cero.

Empecé a preguntarles sobre los detalles de su trabajo, sorprendidos claramente por el interés que yo mostraba por algo tan simple y natural, en su opinión, como su jornada de treinta y seis horas. Todos ellos eran hombres venidos de algún pueblo, la mayoría de mi zona, la región de Tula; otros eran de Oriol, y algunos, de la provincia de Vorónezh. Viven en Moscú de alquiler, algunos con su familia, la mayor parte solos. Estos últimos mandan sus salarios a casa. Dejan aparte lo que les cuesta la comida que pagan a sus arrendatarios. En esto se les van diez rublos al mes. Siempre comen carne, ya que no observan los ayunos. Permanecen en el lugar de trabajo, no treinta y seis horas seguidas, sino más, ya que el camino al trabajo y de vuelta a casa los lleva más de media hora, y, además,

con frecuencia les hacen trabajar más tiempo del estipulado. Por este trabajo de treinta y siete horas continuas, sin contar lo que gastan en comida, perciben veinticinco rublos al mes.

–¿Por qué hacéis este trabajo tan duro? –pregunté yo.

–¿Y qué otra nos queda? –respondieron.

–Pero ¿para qué trabajar treinta y seis horas seguidas? ¿Acaso es imposible establecer algunos turnos de descanso?

–Es lo que nos ordenan.

–¿Y por qué lo aceptáis?

–Que por qué lo aceptamos, dice. Pues porque hay que comer. Si no estás de acuerdo, te vas a la calle. Llegas una hora tarde y en cuanto apareces, te dan el pase y andando, y en la calle hay diez dispuestos a ocupar tu puesto.

Los obreros eran jóvenes, excepto uno, que debía de pasar ya de los cuarenta. Todos tenían el rostro enjuto, agotado, ojos cansados, seguramente bebían. El flaco, el primero con el que había hablado, me sorprendió especialmente por esa extraña mirada de cansancio. Le pregunté si había bebido.

–No bebo –me contestó sin pensar, como suelen responder a esta pregunta las personas que verdaderamente no beben.

–Y tampoco fumo –añadió.

–¿Y los otros beben?

–Beben. Se lo traen aquí.

–El trabajo es muy duro. Ayuda a recuperar las fuerzas –dijo el obrero más mayor, que estaba ebrio, aunque lo disimulaba muy bien.

Después de conversar un rato más con los obreros, me acerqué a la estación de descarga. Caminando a lo largo de extensas hileras de todo tipo de mercancías, llegué hasta un grupo de trabajadores que

empujaban lentamente un vagón cargado de ellas. Como supe después, desplazar los vagones y limpiar los andenes de nieve era algo que estaban obligados a hacer sin remuneración alguna. Era una de las cláusulas escrita en sus contratos. Estos obreros eran tan flacos y andrajosos como aquellos con los que había hablado anteriormente. Cuando consiguieron llevar el vagón hasta el lugar requerido y se detuvieron, me acerqué a ellos y les pregunté a qué hora habían empezado su jornada y cuándo habían almorzado. Me contestaron que habían empezado a trabajar a las siete de la mañana y que iban a comer algo sólo en ese momento. El trabajo no les había permitido hacerlo antes.

–¿Y cuándo acabáis la jornada?

–Eso depende, a veces trabajamos hasta las diez –contestaron los obreros, como jactándose de su resistencia.

En vista del interés que yo mostraba por su situación, me vi rodeado por ellos y, hablando varios al mismo tiempo, probablemente tomándome por algún jefe, me informaron de que su principal motivo de queja era que el lugar donde a veces pasaban el tiempo para calentarse entre la jornada de día y el comienzo de la nocturna, y en el que a veces echaban una cabezadita de una hora, era muy pequeño y angosto.

–A veces nos juntamos hasta cien hombres y no hay donde acostarse… Podemos hacerlo bajo las bancas de madera, pero apenas cabemos –dijeron varias voces descontentas–. Venga a verlo usted mismo, está aquí al lado.

La nave era realmente estrecha. En una cámara de unos siete metros ^{2} podían acoplarse en las bancas hasta cuarenta hombres. Unos cuantos obreros entraron conmigo y, compitiendo entre sí por que se oyera su voz, se quejaron enojados de la estrechez del lugar.

–O bajo las bancadas o no te tumbas –dijeron.

Al principio me pareció extraño que estos hombres, que faenaban a veinte grados bajo cero sin abrigo, cargando costales de diez puds a su espalda durante treinta y siete horas, a los que sólo se les permitía comer o cenar cuando les venía en gana a sus jefes, que se

encontraban en una posición mucho peor que los animales de carga, se quejaran solamente de la estrechez de algo parecido a un vagón donde se amontonaban para entrar en calor. Como he dicho, en un principio sus quejas me parecieron extrañas, pero, al reflexionar sobre su situación, comprendí cuán triste debía de ser lo que sentían estas personas que nunca podían dormir lo suficiente, heladas de frío, para que, en lugar de descansar y entrar en calor, se vieran obligadas a arrastrarse por un suelo inmundo para acurrucarse bajo una bancada y, una vez dentro, seguir sometiendo su cuerpo a fatigas y debilitarse aún más respirando un aire denso y viciado. Probablemente sólo en esa angustiosa hora de vano intento por dormir y descansar sentían dolorosamente todo el horror de sus jornadas de trabajo de treinta y siete horas que devoraban su existencia, y por eso mismo se quejaban de una circunstancia aparentemente tan insignificante como la estrechez de ese lugar. Tras observar a unas cuantas cuadrillas en sus distintas faenas y tras hablar también con algunos obreros más, de todos los cuales escuché lo mismo, volví a casa con la absoluta certeza de que lo que me había dicho mi conocido era la pura verdad. Y era verdad que por un dinero que sólo alcanzaba para comer, personas que se consideraban libres creían que era necesario someterse a ese trabajo, al cual no hubiese sometido a sus propios esclavos ni el amo más cruel en los tiempos de la esclavitud. Y ya no sólo un dueño de esclavos. Ni un solo cochero de punto sometería a ese esfuerzo a sus caballos, porque éstos cuestan dinero y no le saldría a cuenta abreviar la vida de un valioso animal haciéndolo trabajar a la fuerza treinta y siete horas seguidas.

▪

1. Pud: antigua medida de peso rusa, prohibida en la Unión Soviética, pero que se siguió utilizando en los medios rurales. Equivale a 16,38 kilos. En la actualidad sólo se usa en algunos deportes de carga, como por ejemplo en las pesas de los atletas, y su peso redondo es de 16 kilos. (N. de la T.)

2. El autor menciona una antigua medida rusa de longitud, arshín,

equivalente a 0,7 metros. (N. de la T.)

2. Indiferencia de la sociedad ante la muerte de personas

Obligar a unas personas a trabajar treinta y siete horas sin interrupción y sin dormir no sólo es cruel, sino también poco ventajoso. Y a pesar de eso, tal abuso a riesgo de la pérdida de vidas humanas lo vemos constantemente a nuestro alrededor. Enfrente de la casa moscovita en que vivo hay una fábrica de tejidos de seda que cuenta con los últimos adelantos de la técnica más moderna. Trabajan en ella tres mil mujeres y setecientos hombres. Sentado aquí ahora, escucho el ruido ininterrumpido de las máquinas y sé, porque yo mismo he visitado las instalaciones, lo que significa ese ruido. Esas tres mil mujeres permanecen de pie durante doce horas inclinadas sobre los telares, en medio de un ruido ensordecedor, devanando, enrollando y separando los hilos de seda para fabricar las telas. Todas estas mujeres, a excepción de aquellas que acaban de llegar de las aldeas, tienen un aspecto insano. La mayor parte de ellas lleva una vida desordenada e inmoral. Casi todas, estén casadas o solteras, poco después del parto mandan a sus hijos a la aldea o al orfelinato, donde muere el ochenta por ciento de estos niños. Para evitar que las despidan, ellas mismas se incorporan al trabajo al día siguiente o, como mucho, al tercer día después del parto. Así pues, por lo que sé, en un periodo de veinte años han muerto decenas de miles de mujeres-madres jóvenes y sanas, y ahora continúan sacrificando su propia vida y las de sus hijos para fabricar telas de terciopelo y seda.

Ayer me encontré con un joven mendigo que iba apoyado en muletas, de complexión fuerte, pero con la espina dorsal encorvada. Antes había trabajado en la construcción acarreando carretillas, pero un día se escurrió y se dañó los órganos internos. Gastó todo lo que tenía en su curación, entre curanderas y médicos, y ahora lleva ya ocho años sin techo, pidiendo limosna en la calle y rogando a Dios que le mande la muerte.

¡Y cuántas vidas humanas se pierden así! Vidas que o no conocemos, o conocemos, pero decidimos no pensar en ellas, considerando que tal debe de ser el orden de las cosas. Conozco a trabajadores de una industria de fundición de hierro en Tula que trabajan en los altos hornos y que para tener un domingo libre de cada dos han de quedarse a trabajar el sábado por la noche, cumpliendo así una jornada de trabajo de veinticuatro horas seguidas. Yo mismo los he visto trabajar. Todos ellos beben vino para mantener suficiente energía, pero es evidente que, al igual que los cargadores del ferrocarril, consumen muy deprisa no un porcentaje, sino todo el capital de su fuerza vital. Lo mismo ocurre con los que tienen trabajos conocidos por todos por ser insanos: los tipógrafos que se envenenan con el polvo de plomo, los obreros de las fábricas de espejos, de cartón, de cerillas, de azúcar, tabaco, vidrio, los mineros y los que extraen el oro de la tierra. Según datos estadísticos de Inglaterra, la esperanza media de vida de las clases altas es de cincuenta y cinco años, mientras que la de los obreros que trabajan en los sectores antes mencionados es de veintinueve.

Parece, pues, que, aunque lo sepamos (pues es imposible ignorarlo), nosotros, que nos aprovechamos del trabajo que a estas personas les cuesta la vida, nos comportamos como bestias cuando ni por un segundo deberíamos quedarnos tranquilos sabiéndolo. Y hablamos de nosotros, personas a las que no nos falta de nada, liberales, humanos, muy sensibles a los sufrimientos no sólo de nuestros semejantes, sino también de los animales. Y aun así, no dejamos de abusar de ese trabajo, sino que además tratamos de enriquecernos con él más y más; en otras palabras, utilizarlo cada vez más en nuestro beneficio sin el menor cargo de conciencia. Si nos enteramos, por ejemplo, de las jornadas de treinta y siete horas que realizan estos cargadores y del lugar insalubre en el que a duras penas consiguen descansar, enviaremos inmediatamente allí a un inspector bien remunerado, prohibiremos trabajar más de doce horas seguidas, dejando así a los maltrechos obreros sin un tercio de su salario para comer como les gustaría, obligaremos a la empresa del ferrocarril a construir y acondicionar una nave más cómoda y espaciosa para ellos, y entonces, con la conciencia ya tranquila, recibiremos y enviaremos mercancías por estos raíles, aumentaremos nuestras ganancias, dividendos, las rentas obtenidas por nuestras tierras, inmuebles, etc. Si llegamos a saber que en la

fábrica de seda las mujeres y jóvenes que trabajan apartadas de sus familias y sometidas a constantes seducciones se matan a sí mismas y a sus hijos; que la mayor parte de las planchadoras que se ocupan de almidonar nuestras camisas, o los tipógrafos que imprimen los libros y periódicos que tanto nos entretienen, suelen enfermar de tuberculosis, nos limitaremos a encogernos de hombros y decir que todo eso nos produce una tristeza enorme, pero que no podemos hacer nada por cambiar el orden de las cosas, y seguiremos comprando, sin ningún cargo de conciencia, telas de seda, y seguiremos poniéndonos camisas almidonadas y leyendo los diarios por la mañana. Nos preocupa mucho el descanso de nuestros tenderos y comerciantes, y más aún que nuestros niños no se cansen demasiado en los colegios; prohibimos estrictamente a los almacenistas y carreteros cargar un peso excesivo sobre sus animales, e incluso organizamos el traslado de piezas de carne de los mataderos de tal forma que esos animales sufran lo menos posible. ¿Qué clase de inverosímil eclipse produce en nuestras mentes cuanto se refiere a los millones de trabajadores que poco a poco, y con frecuencia de forma dolorosa, van dejando su vida en esos trabajos que utilizamos para nuestro placer y comodidad?

3. Justificación de la actual postura de la ciencia

Ese eclipse que experimentan las personas que nos rodean sólo se puede explicar observando que, cuando no actúan de forma correcta, siempre inventan una visión del mundo en la que las malas acciones ya no se les presentan como tales, sino como consecuencias de leyes inamovibles que operan fuera de su esfera de control. Antiguamente esta concepción del mundo se basaba en que existe la voluntad inescrutable e inmutable de Dios, que impone a unos el trabajo duro y una posición baja en la sociedad, y a otros, una posición alta y el derecho a disfrutar de los bienes de la vida. Sobre este asunto de la visión de la vida se ha escrito una enorme cantidad de libros y mucho se ha predicado al respecto. Se ha estudiado y vuelto a ella desde muchos y variados puntos de vista. En un principio se demostró que Dios había creado distintos tipos de personas, esclavos y amos, y ambos debían sentirse satisfechos con su posición. Después se dijo que los esclavos serían más felices en la vida eterna. Más tarde se matizó que, si bien los esclavos seguían siendo esclavos, y deberían permanecer en esa condición, podrían gozar de buenas condiciones si sus amos se mostraran misericordiosos con ellos. La última explicación, ya tras la prohibición de la esclavitud, cambió de nuevo la perspectiva y se concluyó que Dios había concedido a algunos el don de la riqueza para que emplearan una parte en obras de caridad, y que por tanto ni la riqueza de unos ni la pobreza de otros debía considerarse algo malo. Esta explicación mantuvo satisfechos durante mucho tiempo tanto a los pobres como a los ricos, especialmente a estos últimos. Pero llegó un momento en que tales argumentos dejaron de ser suficientes, sobre todo para los que empezaron a comprender su propia situación de pobreza, y entonces se hizo necesario encontrar nuevas leyes. Por cierto, que aparecieron de golpe y muy a tiempo en forma de ciencia. Me refiero a la economía política, la cual afirma que ha descubierto las leyes mediante las cuales se

distribuyen entre las personas tanto el trabajo como el uso de sus resultados. Las leyes, según se desprende del estudio de esta ciencia, consisten en que la distribución del trabajo y de sus resultados depende de la oferta y la demanda, del capital, las rentas, los salarios, los valores, beneficios, etcétera. Es decir, de leyes inmutables basadas en la actividad económica de la gente. En poco tiempo se escribieron sobre este tema tantos libros y folletos, y se han dado tantas conferencias, como tiempo atrás fueron redactados tratados y sermones teológicos. Y actualmente se siguen escribiendo sin cesar montones de folletos y libros, y se siguen dando conferencias, y tanto los libros como las charlas son tan turbios y enrevesados de comprender como los antiguos sermones y tratados teológicos; pero tanto en los antiguos como en los modernos tratados se alcanza la meta perseguida: ofrecen una explicación al orden actual de cosas, según la cual algunas personas pueden vivir tranquilamente sin trabajar aprovechando el trabajo de otros.

Para tomar y analizar esta nebulosa ciencia imaginaria como ejemplo del orden mundial no se tuvo en cuenta la situación de las personas en todo el mundo y en todos los periodos históricos, sino solamente la de las personas que vivían en la pequeña Inglaterra, y que pertenecían a una clase exclusivamente privilegiada a finales del siglo pasado y comienzos del presente. Nada se opuso a la aceptación de esta verdad a la que llegaron como conclusión los investigadores, como tampoco nada se oponen a ella ahora las interminables disputas y desacuerdos de los defensores de esta ciencia al no poder ponerse de acuerdo en la definición de renta, valor añadido, beneficio, etc. La única base de esta ciencia en la que todos parecen llegar a un consenso es la premisa de que las relaciones humanas no se basan en considerar a las personas buenas o malas, sino en los privilegios de una clase privilegiada.

Se ha aceptado como verdad indiscutible que en nuestra sociedad ha aumentado enormemente la cantidad de expoliadores y ladrones que roban a la clase trabajadora el resultado de su trabajo. Pero esto sucede no porque los expoliadores y ladrones actúen de forma inmoral, sino porque las leyes de la economía son tan inamovibles que sólo pueden cambiarse de forma muy lenta, determinada por la ciencia y la evolución, y porque los que estudian esta ciencia económica, expoliadores, ladrones y sus encubridores, que gozan y

disponen a su antojo de los robos, saqueos y botines, pueden seguir viviendo tranquilamente gracias a las ganancias de este modo obtenidas.

La mayor parte de la gente de nuestro mundo, aunque no conozca en detalle las explicaciones tranquilizadoras de la ciencia –igual que hace años muchos de nuestros antecesores no conocían en profundidad las explicaciones teológicas– que justifican su posición, saben en cualquier caso que estas explicaciones existen, que los científicos son personas inteligentes capaces de demostrar y seguir demostrando que el orden actual de las cosas es el que debe ser, y que por esto mismo se puede vivir tranquilamente sin intentar cambiarlo. Esta actitud sólo puedo basarla en esa sorprendente ceguera que nubla el entendimiento de la buena gente de nuestra sociedad, que desea de corazón todo el bien para los animales, pero que con la conciencia tranquila devora la vida de sus semejantes.

4. La ciencia económica afirma que los trabajadores del campo deberían pasar a ser obreros en las fábricas

Durante mucho tiempo se pudo apaciguar a la gente con la teoría de que era voluntad de Dios que unos dominaran a los otros. Pero esta teoría, que justificaba la crueldad de algunos, permitió que esa crueldad fuera llevada al máximo, y eso provocó la oposición y las dudas sobre su veracidad. Hoy en día la teoría de que la evolución económica se va perfeccionando en base a leyes inmutables, como consecuencia de las cuales un grupo de personas debe acumular capitales mientras que otras deben trabajar duramente toda su vida para aumentar esos capitales, esperando el día prometido en que se socialicen los medios de producción; esa teoría, que ha endurecido aún más la crueldad de unos hacia otros, empieza también –especialmente entre la gente más sencilla, no dotada de ciencia, pero sí de sentido común– a despertar ciertas dudas. Hemos citado, por ejemplo, a los cargadores que se van matando a sí mismos con jornadas de treinta y siete horas, o a las mujeres de la fábrica de seda, las planchadoras, los tipógrafos y los millones de personas que viven en condiciones durísimas, antinaturales, realizando una labor monótona y que no es resultado de su elección personal. Como es lógico, cabe preguntarse: ¿qué ha llevado a estas personas a verse en esa situación y cómo se les puede sacar de ella? Y la ciencia responderá que se encuentran en esa situación porque el ferrocarril pertenece a tal empresa, la fábrica de sedas es propiedad de fulano y mengano y todas las factorías, industrias, tipografías, lavanderías y, todo en general, están en manos de capitalistas, y que para acabar con ello los obreros deberían antes que nada unirse entre ellos formando sindicatos, sociedades cooperativas, organizando huelgas y participando cada vez más en el gobierno e influyendo cada vez más en los dueños de esas empresas y en los gobernantes, logrando, en primer lugar, la reducción de la jornada laboral y el aumento de sus salarios, y finalmente que toda la cadena de

fabricación acabe pasando a sus manos. Entonces todo irá bien. Pero de momento todo va como está previsto que vaya y no es necesario alterar nada. Esta respuesta no es más que una manifestación de ignorancia, algo que resulta de lo más sorprendente en relación con el pueblo ruso.

En primer lugar, en lo que se refiere a los cargadores de fardos o a las mujeres que trabajan en la mencionada fábrica, por no hablar de los millones de trabajadores de otros oficios que soportan un trabajo inhumano, insano y embrutecedor, el hecho de que los medios de producción estén en manos de los capitalistas no sirve de explicación. Los medios de producción agrarios de esos trabajadores que viven ahora amontonados cargando costales y fardos no están en absoluto en manos de los capitalistas. Estos obreros tienen tierras y animales de carga, arados, trillos y todo lo que es necesario para cultivar la tierra. Esas mismas mujeres que trabajan en las fábricas no sólo no están eliminadas de los medios de producción en el campo sino más bien al contrario; en su mayor parte se marchan de casa en contra del deseo de sus mayores, a pesar de que su trabajo allí es muy necesario y tienen a su alcance todos los medios de producción. En esa misma situación se encuentran millones de obreros no sólo en Rusia, sino también en otros países. Así pues, el motivo de la situación de pobreza en que se encuentran los trabajadores en modo alguno puede atribuirse a que los capitalistas se han adueñado de todos los medios de producción. Esto en primer lugar.

En segundo lugar, sacar a estas gentes de la penosa situación que padecen, incluso en el futuro lejano que promete la ciencia, es de todo punto imposible simplemente reduciendo la jornada laboral o aumentando los salarios o mediante la socialización de los medios de producción. Nada de todo eso puede ayudarles, porque la verdadera razón de la pobreza de los obreros del ferrocarril, como la de las mujeres que laboran en la sedería o en cualquier industria o fábrica, no radica en mayor o menor medida en la cantidad de horas de trabajo –los agricultores que se consideran felices trabajan a veces dieciocho, e incluso hasta treinta y seis horas seguidas en plena temporada–, ni en los miserables sueldos que perciben ni en que el ferrocarril o la fábrica de sedas no les pertenecen, sino pura y llanamente en que se ven obligados a trabajar en las condiciones

insalubres, antinaturales y frecuentemente peligrosas y mortales para la propia vida que conlleva el estilo de vida acuartelada en la ciudad, llena de tentaciones e injusticias, además de tener que trabajar para otros realizando un trabajo que no han elegido por voluntad propia.

En los últimos tiempos han disminuido las horas de trabajo y han aumentado los salarios, pero ambas cosas no han mejorado la situación de los obreros, si tenemos en cuenta que ahora se permiten más caprichos ostentosos: relojes de cadena, pañuelos de seda, tabaco, vino, carne de ternera, cerveza, etc., pero a costa de sacrificar su verdadero estado de bienestar, es decir, su salud y moralidad y, lo más importante, su libertad.

En la fábrica de sedas que he mencionado, hace veinte años trabajaban en su mayoría hombres en jornadas de catorce horas, que ganaban de media quince rublos al mes y enviaban la mayor parte de este dinero a sus familias de la aldea. En la actualidad trabajan prácticamente sólo mujeres, once horas al día, y algunas llegan a ganar veinticinco rublos al mes, aunque la media es de quince. Pero no envían ningún dinero a casa y todo lo que ganan se lo gastan en la ciudad en adornos para engalanarse, en borracheras o en llevar una vida lujuriosa. La disminución de la jornada laboral no ha hecho sino aumentar el tiempo que pasan en las tabernas. Lo mismo, en mayor o menor medida, se da en todas las fábricas e industrias. En todas partes, sin importar la reducción de las horas de trabajo o el aumento de los salarios, en comparación con la vida en el campo, empeora la salud, disminuye la esperanza media de vida y se pierde la moral, lo que no puede ser de otra manera si la persona es arrancada de unas condiciones de vida más favorables a la moral, la vida familiar y el trabajo en el campo, infinitamente más libre, saludable, variado y razonable.

Es muy posible que, como afirman algunos economistas, la reducción de las horas de trabajo, el aumento de los salarios y la mejora de las condiciones sanitarias en las fábricas hayan contribuido a mejorar la salud y la moral de los trabajadores con respecto a la situación que tenían antes. Es posible, incluso, que en los últimos tiempos, y en algunos lugares, la situación de los obreros sea mejor en cuanto a condiciones externas que la que tiene

la población rural. Pero esto es así, y sólo en determinados sitios, porque tanto el gobierno como la sociedad, y debido a la influencia de la ciencia, hacen todo lo posible para empeorar las condiciones de la población rural y mejorar las de la población urbana. Si la situación de los obreros de las fábricas en algunas ciudades es mejor que aquella de la que gozan en las aldeas, aunque sólo sea en el aspecto externo, esto no viene sino a demostrar que no hay nada, por muy bueno que parezca, que no se convierta en algo miserable a fuerza de humillaciones, y al contrario: no hay situación, por muy desafortunada y contraria a la naturaleza, a la que no pueda acostumbrarse el hombre si permanece en ella durante unas cuantas generaciones.

La desgracia del obrero de las fábricas, y del obrero urbano en general, no radica en que trabaja mucho y gana poco, sino en que está privado de las condiciones de vida naturales propias del campo, privado de libertad y obligado a realizar para otros una tarea monótona que en nada le satisface. De ahí que la respuesta a la pregunta de por qué los trabajadores que trabajan en las fábricas de las ciudades se encuentran en tan desfavorable situación y cómo se les puede ayudar no se puede reducir a que los capitalistas sean los dueños absolutos de los medios de producción, o a que mejoren las condiciones de los obreros disminuyendo las jornadas de trabajo, aumentando sus salarios o socializando los medios de producción. La respuesta sólo se puede hallar descubriendo los motivos que mueven a los obreros a privarse de unas condiciones de vida naturales en medio de la naturaleza para obligarse a aceptar un trabajo fabril no deseado, así como aclarando los medios por los cuales pueden liberarse de la necesidad de pasar de una vida libre en el campo a una vida laboral obligada. No obstante, antes de precisar por qué los obreros en las ciudades se encuentran en tan terrible situación, habría que preguntarse qué razones han arrojado a esas gentes de sus aldeas, en las que seguramente vivieron sus antepasados y en las que ellos mismos podrían seguir viviendo. En nuestra Rusia, en estos momentos, sigue existiendo ese tipo de personas. ¿Qué es lo que ha impulsado e impulsa a esos obreros a ir en contra de sus deseos para aceptar una oferta de trabajo en una fábrica o taller?

Si esos obreros, como los que existen en Inglaterra, Bélgica y

Alemania, llevan ya varias generaciones viviendo en las ciudades y trabajando en sus fábricas, no es por voluntad propia, sino porque sus padres, abuelos o bisabuelos se vieron obligados a cambiar la vida en el campo, que tanto amaban, por la vida en la ciudad que tan penosa les resultaba. Según dice Karl Marx, al principio la población rural quedó desposeída de sus tierras mediante el uso de la fuerza, fue expulsada del campo hasta llegar al extremo de convertirse en vagabundos. Después, a base de leyes crueles dictadas contra ellos, los torturaron con tenazas, hierros candentes y latigazos y finalmente los sometieron a fin de servir a intereses ajenos. Así pues, la cuestión de cómo librar a estos obreros de su miserable condición parece que nos lleva, de forma lógica y natural, a preguntarnos cómo eliminar los motivos que ya han obligado a muchos, y obligan y quieren seguir obligando a los restantes, a renunciar a una posición que consideraban y siguen considerando buena, para someterlos a una condición que consideraban y siguen considerando miserable.

Las ciencias económicas, a pesar de indicar de pasada los motivos que han arrancado a estas gentes de sus aldeas, no se ocupa de eliminar tales motivos, y dirige toda su atención a la mejora de las condiciones laborales en las fábricas y talleres, como presuponiendo que el orden de cosas debe ser así, tanto para los que ya trabajan en las ciudades como para aquellos que aún no han abandonado sus aldeas y la agricultura. Más aún, la ciencia económica está absolutamente convencida de que todos los agricultores deben pasar sin duda a ser obreros de fábrica. Y eso, a pesar de que todos los sabios y poetas del mundo siempre han visto en las condiciones del trabajo agrario la realización del ideal de la felicidad humana; y a pesar de que todos esos hombres de campo, carentes de cualquier costumbre pervertida, siempre han preferido y prefieren el trabajo en el campo a cualquier otro, y a pesar de que el trabajo en las fábricas siempre es insano y monótono, mientras que el trabajo en el campo es el más sano y variado que existe; y es libre, es decir, que el trabajador sabe por sí mismo alternar trabajo y descanso. El trabajo en la fábrica, si bien pertenece al propio obrero, siempre es obligado, pues depende de una máquina. Pero a pesar de todo eso, y de que el trabajo en la tierra es fundamental, y de que sin él no podría existir la industria, los economistas afirman que todos los campesinos no sufren lo más mínimo emigrando del campo a la

ciudad, sino que ellos mismos lo desean y se esfuerzan por conseguirlo.

5. Por qué los economistas afirman lo que no es cierto

Es evidente lo injusta que resulta la afirmación de los hombres de ciencia que sostiene que el bien de la humanidad debiera consistir en lo que más profundamente se opone al sentir humano, es decir, el trabajo monótono y no deseado en una fábrica. No cabe duda de que estos hombres de ciencia se han visto obligados a aceptar la necesidad de esta evidente y tan injusta afirmación, tal como lo han sido los teólogos a aceptar la declaración, tan evidente como injusta, de que los esclavos y sus amos son dos tipos de seres distintos, y que la injusta situación de los primeros en este mundo será recompensada después de la muerte.

El motivo de tan injusta afirmación radica en que los hombres que dictan y componen las ideas científicas pertenecen a las clases más acomodadas, y están tan acostumbrados a la ventajosa posición en que viven, que ni siquiera se les pasa por la imaginación que pueda existir una sociedad fuera de esas condiciones. Las condiciones de vida a las que están acostumbrados los ricos existen gracias a la abundante producción de muy diversos objetos que satisfacen sus placeres y sus comodidades, y que son el resultado de la organización actual de las fábricas y talleres. Por esa razón, cuando deciden profundizar en la mejora de la situación de los trabajadores, los hombres de ciencia, pertenecientes a las clases pudientes, siempre proponen solamente las mejoras mediante las cuales la producción de las fábricas se mantiene tal cual es hoy en día, lo que les permite conservar las comodidades de que disfrutan continuamente.

Hasta los hombres de ciencia más avanzados, es decir, los socialistas que exigen la transferencia total de los medios de producción a los trabajadores, siempre suponen, no obstante, que continuará la producción en estas o en aquellas fábricas en las que sigue existiendo la división del trabajo, y que se seguirán fabricando los

mismos o parecidos objetos que se fabrican ahora. Según imaginan, la diferencia estriba solamente en que todos, y no sólo ellos, podrán beneficiarse de las comodidades de las que ellos ya gozan. Más o menos los hombres de ciencia se imaginan a sí mismos, y en general a todas las clases dirigentes, participando en los distintos trabajos, pero, claro, en un orden de cosas muy ventajoso para ellos: como diseñadores, científicos o artistas. En cuanto a quién fabricará las sales de plomo teniendo que ponerse una mordaza, quién trabajará en las calderas de los altos hornos, en las minas o limpiando cloacas, o bien callan, o presuponen que todas estas tareas estarán tan perfeccionadas que hasta los limpiadores de las cloacas y los mineros bajo tierra podrán disfrutar de una agradable faena. Es así como nos presentan la economía en tratados científicos y en utopías al estilo de Edward Bellamy. Según estas teorías, los obreros entonces, unidos a través de sindicatos y organizaciones de camaradería, empapándose de solidaridad, conseguirán finalmente, mediante sindicatos, huelgas y participación en el parlamento, poseer todos los medios de producción, incluida la tierra. Gracias a ello podrán alimentarse y vestirse tan bien y divertirse tanto en las fiestas multitudinarias de los domingos que acabarán prefiriendo la vida en la ciudad, en medio de chimeneas y tubos humeantes, a la vida en el campo, en un entorno amplio colmado de plantas y animales domésticos. Y preferirán el trabajo monótono y maquinal, marcado por una bocina a la hora de entrada y salida, a las labores variadas y sanas y a la libertad del trabajo en el campo.

No obstante, esta suposición es tan poco probable como la que mantienen los teólogos acerca del paraíso que espera en el otro mundo a los obreros por el hecho de haber trabajado tan dura y miserablemente en éste. Incluso hombres inteligentes y cultos de nuestro entorno por alguna razón también creen en esta extraña enseñanza, tal como los intelectuales y científicos de antaño creían en el paraíso reservado a los obreros tras su muerte. Y lo creen tanto los hombres de ciencia como sus alumnos –hombres de clases acomodadas– porque no pueden imaginar no creerlo. Se plantea ante ellos un dilema: o se sienten obligados a ver que todo lo que utilizan en su vida cotidiana, desde el ferrocarril hasta las cerillas y los cigarrillos con boquilla de cartón, cuesta muchas vidas de trabajo humano a sus hermanos, y que ellos mismos, al no participar en este trabajo y sólo beneficiarse de él, se convierten en

personas deshonestas; o tienen que creer por fuerza que el estado actual de las cosas es el resultado de leyes inmutables de la ciencia económica para el bien común de todos. En esto reside ese motivo psicológico interior que obliga a los hombres de ciencia, inteligentes e instruidos –no me refiero a las mentes preclaras–, a afirmar con total seguridad y rotundidad una verdad tan falsa como es la de que el mejor bien para las clases obreras es abandonar su vida sana y feliz en medio de la naturaleza y marchar a la ciudad para matar su cuerpo y su alma en fábricas y talleres.

6. Falta de base del ideal socialista

Aun admitiendo la afirmación –claramente injusta y contraria a todas las cualidades de la naturaleza humana– de que es mejor para la gente vivir y trabajar en las fábricas de las ciudades realizando un trabajo maquinal y obligado que vivir en el campo llevando a cabo una labor libre con sus propias manos; aun admitiendo esto, entonces ese ideal hacia el cual conduce la evolución económica, según enseñan los hombres de ciencia, contiene en sí mismo una contradicción interna que no es posible resolver. Este ideal se basa en que los obreros que trabajan en la producción de bienes para sus patronos podrán disfrutar también de todas las comodidades y placeres de que gozan hoy los más acaudalados. Todos se vestirán bien, tendrán una vivienda digna, se alimentarán adecuadamente, podrán caminar por las aceras bajo la luz de la iluminación eléctrica, asistirán a conciertos y funciones de teatro, podrán leer periódicos y libros, montar en automóvil, etc. Pero para que todos puedan beneficiarse de todas estas cosas es preciso determinar cómo serán producidas y, por tanto, determinar cuánto tiempo debe trabajar cada obrero. Ahora bien, ¿cómo determinar eso? Las estadísticas pueden definir (aunque de modo poco fiable) las necesidades de las personas bajo un régimen capitalista de acuerdo con la competencia y las necesidades generales. Pero ningún dato estadístico podrá demostrar qué cosas y en qué cantidad será necesario producirlas para satisfacer las necesidades de la gente perteneciente a esa sociedad en la que los medios de producción pertenecerán a esa misma sociedad, es decir, una sociedad en la que las personas serán libres. Resulta imposible determinar las necesidades de una sociedad así, porque la demanda siempre será infinitamente superior a las posibilidades de producción. Cada cual querrá poseer aquello de lo que disfrutan hoy los más ricos, por lo que no existe la más mínima posibilidad de averiguar la cantidad de cosas necesarias para una sociedad así. Además, ¿cómo poner de acuerdo a la gente para fabricar mercancías que unos considerarán necesarias, y otros, inútiles e incluso totalmente dañinas?

Supongamos que para satisfacer las necesidades de la sociedad cada obrero tuviera que trabajar seis horas al día. Pero ¿quién puede obligar a otra persona, en una sociedad libre, a trabajar esas seis horas cuando sabe que parte de ese tiempo va dirigido a producir objetos que considera inútiles e incluso nocivos? No cabe duda alguna de que, tal como está organizada la sociedad actual, se produce con un gran ahorro de mano de obra gracias a las máquinas y, fundamentalmente, gracias a la distribución que se hace del trabajo, toda una gama de mercancías de lo más variada, algunas de ellas extremadamente complejas y casi perfectas. Su producción es muy rentable para los dueños de esas fábricas, y su uso nos resulta muy cómodo y agradable. Pero el hecho de que estos productos estén muy bien hechos con poco esfuerzo físico; el hecho de que sean rentables para los capitalistas, y que a nosotros nos parezcan muy necesarios, no garantiza que personas libres de toda obligación quieran continuar fabricando esas mercancías.

Es indudable que la casa Krupp, gracias a su ingeniosa división del trabajo, fabrica excelentes cañones muy rápidamente; que la casa NN produce a gran velocidad delicados estampados de seda; que la casa SS crea aromas intensos y agradables, tarjetas preciosas con brillo, polvos que resaltan la luminosidad del rostro; que Popov destila un vodka de primera, etc. También se sabe que tanto para los consumidores como para los dueños de las empresas en las que se producen, todo ello es muy ventajoso. Pero los cañones, los perfumes y el vodka son deseados por los que quieren apoderarse de los mercados chinos, o los que gozan emborrachándose, o los que se preocupan por el aspecto de su rostro. Pero también encontraremos personas a las que la producción de estos objetos les parecerá nociva.

Dejando de lado tales productos, siempre habrá hombres y mujeres que reprobarán las exposiciones, las academias, el consumo de cerveza o de carne por considerarlo no sólo innecesario sino nocivo. ¿Cómo se podrá obligar a estas personas a participar en la realización o producción de todo eso? Pero incluso si se da el caso de encontrar la forma de que todos estén de acuerdo en producir las mercancías más habituales –aunque no existe y no puede existir sin recurrir a la obligación por la fuerza–, ¿quién, en una sociedad libre, sin la existencia de la producción capitalista, de la

competencia o de la ley de la oferta y la demanda; quién podrá determinar a qué mercancías enfocar más ventajosamente los esfuerzos? ¿Cuáles serán las prioridades y qué cosas pueden esperar? ¿Será más importante construir la carretera de Siberia y fortificar Port Arthur [3] para después abrir vías a las distintas unidades administrativas del territorio, o al revés? ¿Qué se de be instalar primero, el alumbrado eléctrico o el riego de los campos de cultivo? Además, se plantea una cuestión imposible de resolver si se da la libertad a los obreros: ¿qué trabajo o tarea realizará cada uno de ellos? Evidentemente, a todos les resultará más agradable dedicarse a dirigir la siega o entregarse a la pintura que ser minero o limpiador de cloacas. ¿Cómo poner de acuerdo a las personas en la distribución del trabajo? Las cifras estadísticas no pueden en modo alguno responder a todas estas preguntas. La respuesta a ellas sólo puede ser teórica, es decir, lo harán las personas a las que se les dará el poder para decidir. Unos decidirán qué hacer, y los demás tendrán que someterse a ellos.

Pero, aparte de la cuestión referente a la distribución y dirección de la producción, o la elección de las tareas en una sociedad donde se han socializado los medios de producción, queda aún pendiente la cuestión más importante: hasta qué punto se puede distribuir el trabajo en una sociedad con una organización socialista. La que existe hoy en día está basada en las necesidades de los trabajadores. El obrero que acepta trabajar toda su vida bajo tierra o dedicar su vida entera a producir una centésima parte de un objeto; en hacer de continuo un mismo movimiento rutinario con las manos en medio del ruido ensordecedor de las máquinas, lo hace solamente porque sin ello no tendría nada que llevarse a la boca. Pero el obrero que posee medios de producción, y que por consiguiente no sufre escasez de nada, sólo por necesidad aceptará esas condiciones embrutecedoras y asesinas del alma y el cuerpo en las cuales trabaja hoy la gente en las fábricas como consecuencia de la división del trabajo. No hay duda de que esa división es muy ventajosa y hasta connatural para el ser humano. Pero si las personas son libres, nunca rebasarán los límites de esa división que hace ya tiempo se han rebasado en nuestra sociedad.

Si un aldeano se dedica principalmente a hacer calzado y su mujer a tejer, mientras otro labra los campos y otro forja el metal, y todos

ellos, adquiriendo una maestría excelente en su trabajo, intercambian después el resultado de sus creaciones, entonces esa distribución es ventajosa para todos, y las personas libres, naturalmente, organizarán de esa forma el trabajo entre ellas. Pero la distribución del trabajo en la que un experto fabrica durante toda su vida la centésima parte de un objeto, o en la que un maquinista de una siderurgia tiene que trabajar a una temperatura de cincuenta grados, o se asfixia por causa de los gases nocivos, esa distribución no es buena para nadie, porque la producción de objetos insignificantes mata precisamente el elemento más valioso que existe: la vida humana. Y la distribución del trabajo tal como existe hoy en día existe única y exclusivamente porque se impone por la fuerza. Rodbertus [4] sostiene que la distribución del trabajo une a la humanidad de forma solidaria. Eso es justo, pero la humanidad sólo puede unirse mediante la distribución libre del trabajo, es decir, cuando las personas eligen libremente cómo distribuirlo. Si un grupo de personas decidiera trazar un camino y unos cavan, otros acarrean las piedras, otros las desmenuzan, y así sucesivamente, entonces esa distribución efectivamente unirá a las personas. Pero si, independientemente del deseo de los trabajadores, y a veces incluso en contra del mismo, se obliga a construir una vía férrea estratégica, o la torre Eiffel, o todas esas estupideces que llenan la Exposición Universal de París, cuando a un obrero se le obliga a extraer hierro, a otro a transportar carbón, a un tercero a fundirlo en los altos hornos, a un cuarto a talar árboles y desbastarlos, y todos ellos sin tener la menor idea del destino que va a tener su trabajo, entonces esa forma de distribución no solamente no los va a unir, sino que, al contrario, los va a separar. Así pues, con la socialización de los medios de producción los hombres libres fomentarán solamente la división del trabajo en la que el bien derivado de ella sea mayor que el mal que se inflija al obrero.

La mayoría de los hombres tiende de forma natural a ampliar y diversificar su actividad; por tanto, resulta evidente que la distribución del trabajo, tal como existe en su forma actual, no es posible en una sociedad libre. En cuanto cambie esta situación, disminuirá en gran medida la producción de esos objetos que utilizamos de forma cotidiana y que en el futuro podrá utilizar toda la sociedad bajo un régimen socialista. Suponer que la socialización de los medios de producción mantendrá la misma abundancia que

permite la distribución obligatoria del trabajo es lo mismo que suponer que la abolición de la esclavitud habría mantenido el mismo número de orquestas, jardines, alfombras, encajes y teatros particulares a los que estaban acostumbrados los amos. Así pues, la suposición de que con el logro del ideal socialista todas las personas serán libres y, junto con ello, podrán tener a su alcance lo mismo, o casi lo mismo, que tienen ahora las clases acomodadas encierra en sí misma una evidente contradicción.

▪

3. Actualmente es la ciudad china de Lüshunkou. A principios del siglo

XX

fue un puerto colonial ruso. (N. de la T.)

4. Karl Rodbertus (1805-1875), economista alemán promotor del socialismo de Estado. (N. de la T.)

7. ¿Cultura o libertad?

Se repite exactamente lo mismo que existía en los tiempos de la servidumbre. En aquella época la mayoría de los señores dueños de siervos, y en general las clases ricas, si bien reconocían que la situación de los siervos no era buena en absoluto, proponían, no obstante, para mejorarla, cambios que no obstaculizaran las principales rentas de los terratenientes. Actualmente, las personas que componen las clases pudientes reconocen que la situación de los obreros es penosa, pero para mejorarla proponen solamente aquellas medidas que no alteren su posición ventajosa. Tal como entonces el propietario mejor dispuesto defendía el poder patriarcal y aconsejaba, como Gógol, que los propietarios fuesen buenos y se preocupasen de sus siervos –aunque en ningún momento se permitía siquiera pensar en su liberación, que se le representaba perjudicial y peligrosa–, así exactamente la mayoría de las clases pudientes de nuestro tiempo aconsejan a los patronos preocuparse del bienestar de sus trabajadores, pero, exactamente igual que antaño, ni se les pasa por la cabeza la idea de cambiar la estructura de la vida económica de tal forma que los obreros puedan ser totalmente libres.

Y tal como entonces los más progresistas, los liberales, aun admitiendo que la situación de los siervos era inmutable, exigían del gobierno limitar el poder de los señores y simpatizaban con las revueltas de los siervos, así ahora los liberales de nuestro tiempo, aun considerando que el orden de cosas es inalterable, exigen del gobierno que restrinja el poder de los capitalistas y fabricantes y que apruebe las acciones de los sindicatos, las huelgas y, en general, cualquier tipo de protesta de los obreros. Ya entonces las personas más progresistas exigían la liberación de los siervos, pero el proyecto que proponían los seguía dejando a expensas de los dueños de las tierras, los terratenientes, con sus impuestos y pagos. Del mismo modo ahora los liberales más progresistas exigen la emancipación de los obreros de parte de los capitalistas, y la

socialización de los medios de producción, pero a pesar de eso los dejan dependientes de la distribución y división del trabajo existente en la actualidad, la cual, en su opinión, debe permanecer tal como está estipulada.

El estudio de la economía, a la que siguen ciegamente sin profundizar lo más mínimo en ella todos los que se consideran personas progresistas y bastante avanzadas, a primera vista parecer ser liberal, incluso radical, ya que incluye los asaltos a las clases ricas de la sociedad, pero en esencia esta ciencia es sumamente conservadora, dura y cruel. De un modo u otro los hombres de ciencia, y tras ellos todas las clases acomodadas, desean mantener a toda costa la actual distribución y división del trabajo, porque les da la posibilidad de producir una mayor cantidad de los artículos que utilizan en su vida. Los hombres de ciencia, a los que apoyan todas las clases ricas, califican de progreso la estructura económica actual y ven en ella todos los símbolos de la cultura: ferrocarriles, telégrafo, teléfono, fotografía, rayos X, clínicas, exposiciones universales y, sobre todo y lo más importante, todo aquello que garantice su comodidad. Hacen de ello algo sagrado, hasta el punto de que ni se les pasa por la cabeza la idea de introducir el más mínimo cambio que pudiera destruir todo esto, o alterar mínimamente la menor parte de sus adquisiciones. Según enseña esta ciencia, se puede cambiar todo, a excepción de todo lo que los ricos llaman «cultura». Entretanto, cada vez es más evidente que esta cultura puede existir solamente gracias a la forma en que se obliga a trabajar a los obreros. Pero esos hombres de ciencia están tan seguros de que esta cultura es el mayor de los bienes que incluso se atreven a afirmar lo contrario de lo que una vez afirmaron los juristas: Fiat justitia, pereat mundus [5] . Ellos ahora dicen: Fiat cultura, pereat justitia [6] . Y no sólo lo afirman con palabras, sino que lo manifiestan con sus propios actos. Todo se puede cambiar, tanto en la teoría como en la práctica, pero no la cultura ni todo lo que se produce en las fábricas, en las empresas y, sobre todo, lo que se vende en las tiendas.

Yo creo que las personas ilustradas y que profesan la ley cristiana de la fraternidad y el amor a su prójimo deberían decir precisamente lo contrario: que es extraordinario que exista la electricidad, el teléfono, las exposiciones universales, todos los

jardines de la Arcadia con sus conciertos al aire libre y sus representaciones teatrales, y todas las pipas de fumar y los fósforos, los tirantes y los motores… Pero que se los trague a todos la tierra, junto con todos los ferrocarriles y las fábricas de seda y paños de todo el mundo, si para fabricarlos se necesita que el noventa y nueve por ciento de la humanidad tenga que vivir esclavizado o tengan que morir en sus trabajos miles de obreros para producir esos productos. Si para que Londres o San Petersburgo cuenten con alumbrado eléctrico, o para que se construyan los pabellones de la exposición universal, o para que podamos gozar de pinturas de bellos colores, o para poder vestir rápidamente y en abundancia finas telas, es necesario que muera, o se reduzca o se consuma la mínima cantidad de vidas humanas –y las estadísticas nos demuestran cuántas de ellas son sacrificadas–, pues entonces que Londres y San Petersburgo se alumbren con gas o con aceite, que dejen de existir las exposiciones, las pinturas, los paños, todo con tal de poner fin a la esclavitud y a las muertes de seres humanos que acarrea su existencia.

Las personas verdaderamente ilustradas siempre preferirán desplazarse a lomos de un caballo o de cualquier otro animal, incluso a cavar la tierra con sus propias manos, que viajar en trenes que tantas vidas se llevan cada año sólo porque sus dueños encuentran más ventajoso pagar un dinero a las familias de las víctimas que trazar las vías de forma que no puedan aplastar a tanta gente, como ocurre en Chicago. El lema de las personas realmente civilizadas debe ser Fiat justitia, pereat cultura, y no Fiat cultura, pereat justitia. En cualquier caso, la verdadera y útil cultura no desaparecerá. Pase lo que pase, la gente no tendrá que volver a cavar la tierra con palas ni a alumbrarse con candelas de resina. No en vano la humanidad, a pesar de estar basada en la esclavitud, ha alcanzado grandes éxitos en el campo de la técnica. Bastaría con que los hombres comprendieran que no deben utilizar para su placer la vida de sus hermanos. Sólo con esto podrían emplear todos los avances de la técnica sin arrancar la vida de su prójimo, y organizarían la vida de forma que pudieran usar de todos estos inventos en la medida en que sean compatibles con las leyes de la naturaleza, sin mantener esclavizados a sus hermanos.

■

5. Hágase justicia, aunque perezca el mundo. (N. de la T.)

6. Sea la cultura, aunque perezca la justicia. (N. de la T.)

8. La esclavitud está entre nosotros

Supongamos que llega una persona de un país totalmente ajeno al nuestro, desconocedor de nuestra historia y de nuestras leyes, y al que, después de mostrarle nuestra forma de vida en sus diversas manifestaciones, le preguntáramos cuál es la mayor diferencia que observa en la vida de las personas que conforman nuestra sociedad. Lo más probable es que esa persona diga que unos pocos tienen unas manos blancas y limpias, se alimentan bien, visten de maravilla, viven en casas lujosas, apenas trabajan o no trabajan en absoluto y se dedican solamente a divertirse, y todo ello gracias a millones de jornadas de duro trabajo de otras personas. Los demás, en cambio, siempre están sucios, vestidos pobremente, se alimentan mal y viven en condiciones deplorables, tienen las manos negras y llenas de callos, trabajan sin descanso de la mañana a la noche, y a veces noches enteras, para aquellos que no trabajan y dedican sus días y noches a divertirse.

Entre los esclavos modernos y sus amos es difícil establecer una diferencia tan marcada como la que existía entre los antiguos esclavos y sus dueños. Entre los esclavos de nuestro tiempo también están los que pertenecen a esa clase sólo temporalmente y acaban convirtiéndose en señores, e incluso los que son a la vez una y otra cosa. Pero a pesar de esa mezcla de unos con otros y sus puntos de contacto puntuales, no se puede negar la cuestión de que las personas de nuestra época se dividen en esclavos y amos de forma tan clara como la diferencia entre el día y la noche, a pesar del momento en que se funden en el crepúsculo.

Un amo de nuestro tiempo no tiene a su disposición a un esclavo concreto para mandarle a limpiar sus excrementos sin retribución, pero sí cuenta con tres rublos que necesitan cientos y cientos de hombres, y así podrá elegir al que quiera y convencerle de que le ha permitido a él y no a otros meterse a limpiar el agujero. Los esclavos de nuestro tiempo no son solamente los que trabajan en las

fábricas y los talleres y que, para sobrevivir, deben venderse y someterse al poder total de los dueños de estas empresas. Esclavos son también los que laboran de sol a sol en los campos ajenos recogiendo el grano y guardándolo en los graneros de otros, o los que trabajan su propio terreno tan sólo para pagar la impagable deuda que han contraído con los banqueros como resultado de una mala temporada. Son igualmente esclavos los incontables lacayos, cocineros, criadas, prostitutas, barrenderos, cocheros, limpiadores de baños, camareros, etc., que durante toda su vida realizan las tareas más contrarias a la esencia humana y que tan repugnantes resultan.

La esclavitud existe en toda su magnitud, pero no somos conscientes de ella, tal como en la Europa de finales del siglo

XVIII

no se tenía conciencia de la esclavitud que suponía la servidumbre. La gente de esa época consideraba que la situación de las personas que estaban obligadas a trabajar las tierras de su señor y someterse a él era una condición natural e ineludible de su vida, y a eso no lo llamaban «esclavitud». Lo mismo ocurre hoy día entre nosotros: se considera que la situación de los obreros es natural, ineludible y una condición económica necesaria, y nadie piensa que eso es esclavitud.

Y tal como a finales del siglo

XVIII

los europeos empezaron a darse cuenta poco a poco de que el modelo de vida económica que antes parecía tan natural e ineludible, y la situación de los campesinos sometidos a la autoridad total de sus amos, no eran buenos, sino injustos e inmorales y debían ser cambiados, así ahora algunas personas de nuestro tiempo empiezan a comprender que la situación de los siervos y de los trabajadores en general, que antes parecía totalmente legal y normal, no es la que debería ser y exigen que sea reformada. El estado de la esclavitud de nuestro tiempo está exactamente en la misma fase en la que estaba la servidumbre en la Europa de finales del siglo

XVIII

, y en nuestro país y América en el segundo cuarto del siglo

XIX

. La esclavitud que sufren los obreros de nuestro tiempo sólo empieza a ser reconocida por las personas más ilustradas de nuestra sociedad. La mayor parte de las demás, en cambio, sigue convencida de que la esclavitud no tiene lugar entre nosotros, y reafirman su incomprensión en el hecho de que tanto en Rusia como en América acaba de ser abolida. Pero en realidad lo que se ha cambiado ha sido solamente la forma arcaica de servidumbre y esclavitud, y ha sido suplantada por una aún más dura, más generalizada y con mayor cantidad de esclavos que la anterior. La abolición de la servidumbre en Rusia y la liberación de los esclavos negros equivalen a lo que hicieron los tártaros de Crimea con sus prisioneros de guerra, que antes de liberarlos les desollaban la planta de los pies y les echaban en ellas restos de diminutas astillas. Sólo después les quitaban las cadenas y los grilletes.

La abolición de la servidumbre en Rusia y de la esclavitud de los negros en América puso fin a la forma antigua de esclavitud, pero no acabó con su esencia misma. Se hizo aparente sólo cuando se tuvo la seguridad de poder quitar las cadenas y los grilletes, ya que los pobres cautivos de antes, cuyos pies estaban desollados y heridos, no podrían huir de ningún modo y continuarían trabajando.

Los americanos del Norte exigieron valientemente la abolición de la esclavitud en su forma original porque vieron que una nueva forma de esclavitud, la del dinero, ya estaba sometiendo a la nación. Los del Sur en cambio no veían aún signos claros de este nuevo sometimiento, y por eso no estaban de acuerdo en abolir la forma antigua. En nuestro país, Rusia, la servidumbre fue abolida sólo cuando todas las tierras ya habían sido arrebatadas por los ricos. Lo que se cedió a los campesinos estaba gravado con tantos impuestos como las cuotas que tenían que pagar a los señores feudales cuando trabajaban sus tierras. En Europa, los impuestos que mantenían al pueblo esclavizado empezaron a eliminarse sólo cuando el pueblo quedó totalmente despojado de tierras de cultivo, apartado del

trabajo en el campo y, mediante el contagio de las necesidades urbanas, puesto en una situación de plena dependencia de los capitalistas. Sólo entonces se eliminó en Inglaterra el impuesto sobre el pan. Ahora empiezan a cancelar los impuestos de los trabajadores en Alemania y algunos otros países, traspasándolos a los ricos sólo porque la mayor parte del pueblo ya se encuentra bajo el poder del capitalismo. Una forma de esclavitud no se anula hasta que no haya otra que la reemplace, y para ello existen medios suficientes. Si no funciona uno se emplea otro, y a veces varios al mismo tiempo para mantener al pueblo esclavizado, es decir, ponerlo en una situación en la que una pequeña parte de personas tiene poder total sobre el trabajo y la vida de la mayoría. Es en este poder de la esclavización de una mayoría por parte de una minoría en el que radica el motivo de la pobreza y miseria del pueblo. Por tanto, para mejorar su situación, en primer lugar es necesario aceptar que en nuestra sociedad existe la esclavitud, y no en un sentido metafórico, sino en el más simple y directo sentido, es decir, una esclavitud en la que unos –la mayoría– está en manos de otros –una minoría–; en segundo lugar, para aceptar esta situación es necesario encontrar las razones por las que unas personas esclavizan a otras, y en tercer lugar, una vez descubiertas las causas, es necesario proceder a su destrucción.

9. Causas de la esclavitud

¿En qué consiste la esclavitud moderna? ¿Qué fuerzas concurren para que unos hombres sometan a otros? Si preguntáramos a todos los obreros de Rusia, así como de Europa y América, tanto en las fábricas como en las distintas ciudades y aldeas en las que trabajan por cuenta ajena, qué les obligó a elegir la situación en la que se encuentran ahora, todos responderán lo que les llevó a ella: o que les privaron de su tierra, en la que podrían y desearían vivir y trabajar (esto dirían todos los obreros rusos y gran parte de los europeos); o que les exigen el pago de unos impuestos directos o indirectos que sólo pueden pagar trabajando para otros; o, más aún, que lo que les retiene en las fábricas y talleres son las tentaciones a las que se han visto arrastrados adquiriendo costumbres lujosas y que sólo pueden satisfacer vendiendo su trabajo y su libertad. Los dos primeros motivos, la falta de tierra propia y el pago de impuestos, obligan a la persona a vivir en unas condiciones que le resultan indeseables; el tercero, el aumento de falsas necesidades que desea satisfacer, lo arrastran a esta situación y lo mantienen en ella. Según la teoría de Henry George [7] , la supresión de la propiedad privada pondrá fin al primero de los motivos que conduce a la esclavitud: la falta de tierra. De igual forma, podemos suponer que el mismo efecto tendrá la supresión de los impuestos, que en algunos países se están traspasando solamente a las clases ricas. Lo que resulta imposible es imaginar que, dada la actual organización económica, los ricos abandonen sus nocivos hábitos de vida, cada vez más lujosos, y que dichas costumbres no se transfieran poco a poco, de manera inevitable e incontrolable, tal como penetra el agua en la tierra seca, a la clase obrera que está en contacto con ellos. De ese modo los obreros empezarán a tener esas necesidades artificiales y para satisfacerlas estarán dispuestos incluso a vender su libertad. Así pues, esta tercera condición, a pesar de su carácter voluntario –pues se podría pensar que el hombre es capaz de no sucumbir a las tentaciones–, y a pesar de que la ciencia la rechaza completamente como causa de la

miserable situación de los trabajadores, resulta al fin la causa más dura y difícil de combatir.

Los trabajadores que viven en contacto con personas ricas siempre se contagian de nuevas necesidades, y la única posibilidad que tienen de satisfacerlas es a base de un trabajo cada vez más intenso y proporcional a la satisfacción de sus caprichos. Es por ello por lo que los trabajadores de Inglaterra y América, que en ocasiones perciben diez veces más salario que el que necesitan para su existencia cotidiana, siguen siendo tan esclavos como lo eran antes. Estas tres razones, según explican ellos mismos, son las que les conducen a la esclavitud en la que viven, y la historia de la explotación de la mano de obra y la realidad de su situación confirman la veracidad de esta explicación. Por estas tres razones todos los trabajadores fueron y permanecen sumidos en su actual esclavitud. Estas mismas razones son las que, actuando desde distintos puntos sobre las personas, hacen que nadie pueda escapar a su influencia. El campesino que no posee ningún terreno, o no tiene la suficiente cantidad de tierra, siempre estará obligado, para poder comer de la tierra, a entregarse permanente o temporalmente a la esclavitud por parte de aquellos que poseen la tierra. Si de una u otra forma consigue acumular suficiente terreno como para poder alimentarse de él con su trabajo, de manera directa o indirecta se le aplicará tal cantidad de impuestos que se verá obligado a caer de nuevo en la esclavitud. En el caso de que llegue a liberarse de la esclavitud de la tierra dejando de trabajarla y, viviendo en tierras ajenas, decida convertirse en artesano intercambiando sus productos por objetos que le son necesarios, le ocurrirá que de un lado los impuestos, y de otro la competencia de los capitalistas, que producen lo mismo que él pero de manera mucho más rápida y perfeccionada, le obligarán a someterse temporalmente o de continuo a la esclavitud de estos últimos. Si trabajando por cuenta propia para un capitalista pudiera establecer con él una relación libre en la que no se viera obligado a entregarle su libertad, sin duda la adquisición de nuevas costumbres que demandarían ser satisfechas le haría sacrificar nuevamente su libertad. Así pues, de una u otra forma los trabajadores siempre serán esclavizados por las personas que controlan los impuestos, que poseen la tierra y los objetos necesarios para satisfacer sus falsas necesidades adquiridas.

7. Economista estadounidense (1839-1897), fundador de la doctrina llamada «georgismo». Afirma que cada persona sólo puede poseer lo que crea, aunque lo que existe en la naturaleza pertenece a toda la raza humana. (N. de la T.)

10. Leyes fiscales sobre la propiedad de la tierra y su justificación

Los socialistas alemanes dieron el nombre de «ley de hierro del salario obrero» al conjunto de condiciones que someten a los obreros a la voluntad de los capitalistas, entendiendo que la palabra «hierro» indicaba que esta ley es inmutable. No obstante, en esas condiciones no hay nada que no se pueda cambiar. Su esencia deriva de las consecuencias de la legislación humana aplicada a los impuestos, la posesión de la tierra y, sobre todo y principalmente, a los objetos que vienen a satisfacer las necesidades, es decir, a la propiedad. Esa legislación es creada y puede ser derogada por las personas. Por tanto, no son las leyes de hierro ni las leyes sociológicas las que originan la esclavitud humana, sino su legalización. En este caso la esclavitud de nuestro tiempo no está basada clara y definitivamente en algún tipo de leyes naturales, sino exclusivamente en la legislación humana aplicada a la tierra, los impuestos y la propiedad. Se ha legitimado que cualquier extensión de terreno puede ser propiedad privada, ser traspasada a otros por herencia, donación o venta. También es legítimo el imperativo de que cualquier persona está obligada a pagar sin lugar a duda los impuestos que se le exigen. Y existe finalmente una tercera legislación que concede el derecho absoluto de propiedad sobre todos los bienes adquiridos a aquellos que los poseen, sin importar de qué manera los hayan conseguido. La esclavitud es consecuencia de la existencia de estas tres formas de legitimación.

Todas estas leyes han llegado a ser tan comunes para nosotros que nos parecen las condiciones naturales de la vida de las personas, de cuya necesidad y legalidad es imposible albergar la menor duda, tal como antaño el derecho feudal y la esclavitud se consideraban normales, y no vemos en ello nada incorrecto. Pero así como en otro tiempo los hombres, viendo los funestos efectos de la servidumbre, empezaron a dudar de la justicia y la necesidad de las

leyes en que estaba basada, de igual manera hoy en día, cuando se han hecho evidentes las catastróficas consecuencias de la estructura económica actual, sin querer uno empieza a poner en duda la justicia y necesidad de la legislación que se aplica a la posesión de la tierra, los impuestos y la propiedad en general, y que ha producido tan terribles resultados. Tal como antaño la gente se preguntaba si era justo que unos hombres pertenecieran a otros sin tener nada propio y que todo el fruto de su trabajo le fuera entregado a su señor, así ahora todos deberíamos preguntarnos lo siguiente:

¿Es justo que unas personas no puedan disponer de la tierra porque su propiedad ha sido asignada a otras personas?

¿Es justo que unas personas tengan que dar a otras la parte de su trabajo que se les exige en forma de impuestos?

¿Es justo que unas personas no puedan hacer uso de aquellos bienes que se consideran propiedad de otras?

¿Es cierto que unas personas no deberían hacer uso de la tierra cuando ésta figura como propiedad de otras que no la trabajan?

Se dice que esto está legitimado así porque la propiedad agraria es la condición necesaria para el avance de la agricultura. Y que si no existiera la propiedad privada, que se transmite de unos a otros por herencia, entonces las personas se enzarzarían en luchas por quedarse con el lote de sus vecinos y nadie trabajaría, desperdiciando así el terreno en el que se asienta. ¿Es esto cierto o no? La historia y la realidad contemporánea responden a esta pregunta. La historia dice que la propiedad de la tierra no nació por la preocupación de algunos de asegurar a los campesinos un terreno que trabajar, sino que se debe a la usurpación de la tierra por parte de conquistadores que la repartieron entre sus colaboradores. Así pues, la instauración de la propiedad privada no tenía como fin el florecimiento de la agricultura. La realidad demuestra de manera fehaciente la falsa afirmación de que la propiedad de la tierra asegura a los campesinos que nadie les va a quitar la tierra que trabajan. En la realidad, en todas partes ocurrió y ocurre todo lo contrario. El derecho a la propiedad de la tierra, que se utilizó y se sigue utilizando con grandes beneficios por parte de los grandes

terratenientes, tuvo como consecuencia que todos o casi todos –es decir, la aplastante mayoría de campesinos– se encuentren en una situación en la que deben trabajar una tierra ajena, pero de la que pueden ser desterrados por el mero capricho de quienes la poseen sin trabajarla. Por tanto, la legislación actual sobre la propiedad de la tierra en modo alguno asegura al labrador usufructuar el trabajo que ha realizado en ella, sino todo lo contrario, ya que esa tierra le puede ser arrebatada y traspasada a quienes no trabajan, todo lo cual no favorece, sino más bien al contrario, empeora el progreso de la agricultura.

Respecto a los impuestos se afirma que todas las personas deben pagarlos porque se han establecido con el consentimiento, expreso o tácito –más bien callado–, de todos, y sirven para satisfacer las necesidades sociales para el bien común. La respuesta a este tema la proporcionan la historia misma y la realidad. La historia dice que los impuestos nunca fueron creados por consenso, sino al contrario, siempre fueron la consecuencia de que unos cuantos hombres, mediante la guerra u otros medios de usurpación del poder sobre otros, les obligaron a pagar tributos no para el bien común sino sólo para su propio beneficio. Lo mismo parece continuar sucediendo en nuestros días. Los impuestos van a parar a manos de aquellos que tienen el poder de exigirlos. Y si ahora una parte de esos tributos, llamémoslos «impuestos» o «tasas», se emplean para asuntos sociales, no son precisamente para acciones socialmente útiles para la mayor parte de la población, sino más bien para fines que resultan dañinos. En Rusia, por ejemplo, el pueblo paga un tercio de sus ingresos en impuestos. Pero para la más apremiante necesidad, la de la educación popular, se utiliza solamente 1/50 del total, y además para una educación que perjudica a la gente, porque la atonta y no le trae beneficio alguno. El 49/50 restante se dedica a asuntos innecesarios y perjudiciales para el pueblo, como son las fuerzas armadas, carreteras y caminos estratégicos, fortalezas, prisiones, la manutención del clero, la nobleza, para pagar las quejas de los militares y funcionarios de alto rango, es decir, para mantener a aquellos que fomentan la posibilidad de arrebatar ese dinero al pueblo. Lo mismo ocurre no sólo en Persia, Turquía o la India, sino en todos los países cristianos con gobiernos constitucionales y en las repúblicas democráticas: se quita el dinero a la mayor parte del pueblo, no tanto cuanto se necesita, sino

cuanto se puede, de forma absolutamente independiente del consentimiento o la oposición de los contribuyentes (todos sabemos cómo se constituyen los parlamentos y lo poco que representan la voluntad del pueblo), y nunca se emplea para el bien común, sino para lo que consideren necesario las clases dirigentes, como por ejemplo la guerra de Cuba y Filipinas, o la apropiación indebida de las riquezas del Transvaal, etc. Así pues, la explicación de que todos deben pagar impuestos porque así ha sido establecido por consenso general y para que sirvan a las necesidades de la sociedad es tan injusta como que la propiedad de la tierra asegura el avance de la agricultura.

¿No es cierto que nadie debería utilizar los bienes de consumo para sus necesidades personales si esos bienes pertenecen a otra persona? Se afirma que el derecho a la propiedad sobre los bienes adquiridos se fundó para asegurar al obrero que nadie puede arrebatarle el producto de su trabajo. ¿Es esto cierto? Basta con echar un vistazo a lo que ocurre en nuestra sociedad actual, en la cual se exprime especialmente y sin contemplaciones esa propiedad, para convencerse de hasta qué punto la realidad de nuestra vida no justifica en absoluto esa explicación. En nuestra sociedad, y como consecuencia misma del derecho a la propiedad sobre los bienes adquiridos, ocurre precisamente lo que supuestamente ese derecho debería proteger y no hace: todos los bienes producidos constantemente por los trabajadores les son arrebatados a medida que son producidos. Es evidente, pues, que la afirmación de que el derecho a la propiedad asegura a los trabajadores la posibilidad de utilizar el fruto de su esfuerzo carece de justicia o es más injusta aún que la justificación del derecho de propiedad sobre la tierra, y ambas se basan en el mismo sofisma. Antes se arrebataba a los obreros mediante la fuerza o por medios ilegales el resultado de su trabajo, y después se han legalizado las normas mediante las cuales esa usurpación violenta e ilegal del fruto de su esfuerzo se considera un derecho inalienable de propiedad para los usurpadores. Por ejemplo, el que posee una fábrica, adquirida a base de engaños y mentiras a sus trabajadores, considera que él contribuye a crear trabajo y que su propiedad es sagrada. Por otra parte, la vida de estos trabajadores que se matan a trabajar en la fábrica, así como su trabajo, no les pertenecen, sino que se consideran algo así como un bien perteneciente al fabricante, si es que éste, aprovechando las

necesidades de sus empleados, los ha contratado de una forma aparentemente legal.

Cientos de miles de puds de trigo obtenidos mediante la usura o la extorsión a los campesinos se consideran propiedad del comerciante que los vende y se beneficia de ellos. El trigo que plantan los labriegos se considera propiedad de otra persona si es que ha recibido la tierra en herencia de sus abuelos o bisabuelos, y nunca es propiedad del pueblo. Se dice que la ley protege por igual la propiedad del dueño de la fábrica, del capitalista, del terrateniente, del obrero de la fábrica o del campesino que trabaja la tierra. Pero para que hubiera igualdad entre el capitalista y el obrero, ambos deberían contar con las mismas armas, cuando en realidad uno tiene las armas en su mano y el segundo está atado de manos. Y todo ello suponiendo que durante esa lucha se observaran estrictamente las condiciones de igualdad para uno y otro.

Por tanto, todas las justificaciones y explicaciones sobre la justicia y necesidad de las tres leyes que llevan a la esclavitud son tan engañosas como las que justificaban el derecho feudal. La esencia de estas tres leyes no es otra que la de instaurar una nueva forma de esclavitud que ha sustituido a la anterior. Tal como antes era legal que unos hombres compraran y vendieran a otros y fueran sus dueños, y surgió la esclavitud, así ahora se ha legalizado que las personas no puedan beneficiarse de la tierra que se ha asignado como propiedad a otro, y que deban pagar impuestos por el trabajo que realizan en ella, sin poder tampoco utilizar los bienes considerados ajenos. Ésa es la esclavitud de nuestro tiempo.

11. Las leyes originan la esclavitud

La esclavitud de nuestro tiempo deriva de las tres leyes mencionadas: sobre la tierra, los impuestos y la propiedad. Por ese motivo todos los que intentan mejorar la situación de los obreros atacan sin darse cuenta, aunque inconscientemente, estas tres leyes. Unos apuntan a anular los impuestos que recaen sobre la clase trabajadora y aumentar las cargas fiscales de los ricos. Otros proponen abolir la propiedad privada sobre la tierra, e incluso ya se han hecho intentos para conseguirlo en Nueva Zelanda y en uno de los estados de Norteamérica. En Irlanda están cerca de limitar, partiendo de la misma idea, los derechos de los terratenientes. Y por fin los socialistas, con su ideal de socializar los medios de producción, ofrecen gravar con más impuestos la renta y las herencias y limitar los derechos de capitalistas y empresarios. Parece que cambiando la legislación que origina la esclavitud podría esperarse que ésta pudiera ser arrancada de raíz. No obstante, basta con observar de cerca las condiciones en las que se proponen y se realizan las anulaciones de esas leyes para convencerse de que todos los proyectos, no solamente teóricos, sino también prácticos, para mejorar la situación de los trabajadores se basan exclusivamente en sustituir unas leyes que motivan la esclavitud por otras que instauran nuevos modelos de la misma. Así, por ejemplo, los que proponen abolir todo tipo de tasas e impuestos a los trabajadores, erradicando desde el principio las contribuciones directas a los pobres y haciéndolas recaer sobre los ricos, están obligados a apoyar, y de hecho apoyan, la legislación sobre la propiedad de la tierra, sobre los medios de producción y otros bienes de consumo, que tendrían que soportar todo el peso de los impuestos. Al mantener la legislación sobre la tierra y la propiedad, liberando a la clase obrera del pago de impuestos, la convierten sin querer en esclava de los terratenientes y capitalistas. Los que, como Henry George y sus seguidores, quieren abolir la propiedad privada de la tierra y proponen nuevas leyes para establecer una renta anual obligatoria sobre la producción agrícola lo único que conseguirán es

que esa renta obligatoria impuesta por el Estado dé origen a una nueva forma de esclavitud, pues el campesino que se vea forzado a pagar esta renta o impuesto único, en caso de tener una mala cosecha, por desgracia tendrá que pedir dinero prestado a quien lo posee, y volverá a ser esclavo de alguien. Los que, como los socialistas, quieren abolir las leyes que mantienen la propiedad privada de la tierra para que ésta y los medios de producción sean confiscados por el Estado deben mantener, sin embargo, la legislación sobre la recaudación de impuestos, además de introducir necesariamente nuevas leyes que obliguen a trabajar, es decir, tendrían que restablecer de nuevo la esclavitud en su forma original.

Así pues, de una u otra forma, hasta ahora, todos los proyectos tanto teóricos como prácticos de sustituir una legislación esclavista de un tipo dan como resultado la introducción de nuevas leyes sustitutorias que conducirán a una nueva forma de esclavitud. Ocurre con esto algo parecido a lo del carcelero que suelta la cadena del cuello del preso pero le encadena las manos; le suelta las manos pero le pone grilletes en los pies, o se las quita todas pero no sin antes asegurar bien los cerrojos y las rejas de la celda. Todos los esfuerzos que se han hecho hasta ahora para mejorar las condiciones de los obreros se han limitado a un cambio de cadenas.

La legislación que permitía a los grandes señores obligar a sus esclavos a realizar un trabajo no deseado ha sido sustituida por otra que reconoce a esos señores la propiedad de todas las tierras. Esta última legislación ha sido sustituida por una normativa fiscal cuya distribución y forma de pago está bajo el control de los señores. La normativa fiscal fue sustituida por la limitación de los derechos de propiedad de los bienes de consumo y de los medios de producción. Ahora se propone sustituir la legislación sobre la propiedad de la tierra, los bienes de consumo y los medios de producción por otra que obligue a trabajar. Originalmente la esclavitud no fue más que la obligación que unos hombres impusieron a otros de trabajar. Si la analizamos en todos sus aspectos ocultos (propiedad de la tierra, impuestos, propiedad sobre los bienes de consumo y los medios de producción), veremos que la esclavitud, hoy en día, retorna a su forma original, aunque con un aspecto distinto: la imposición obligatoria del trabajo. Resulta, por tanto, evidente que la supresión

de una de las tres leyes que hoy en día conduce a la esclavitud, ya sean los impuestos, la propiedad de la tierra o la propiedad de los bienes de consumo y los medios de producción, no acabará con la esclavitud, sino que sólo cambiará su forma, que rápidamente adoptará otra nueva, tal como ocurrió con la supresión de la servidumbre feudal, que fue sustituida de inmediato por la obligación de las cargas fiscales impuestas al campesinado. Incluso la supresión de estas tres leyes no hará desaparecer la esclavitud, pues aparecerá otro tipo, que aún no conocemos pero que poco a poco va surgiendo y limitando la libertad de los trabajadores a pesar de su apariencia de concesión de derechos, como la reducción de la jornada laboral. Las nuevas normativas exigirán que el obrero tenga necesariamente cierta edad o cierto estado de salud, que tenga como mínimo una educación primaria, que dedique una parte de su salario para las pensiones de otros. Habrá constantes inspecciones de trabajo en las fábricas, control en la normativa de las cooperativas… Todo esto no es más que una legislación vanguardista que prepara en secreto una nueva forma, aún no experimentada, de esclavitud. Por tanto, resulta evidente que la esencia de la esclavitud no radica en esas tres leyes en las que se apoya ahora, ni siquiera en otras leyes, sino en que existen normas y personas que tienen la posibilidad de decidir qué leyes son ventajosas para ellas, y en que, mientras haya personas que puedan hacer eso, habrá esclavitud. En otro tiempo era ventajoso para las personas poderosas tener esclavos a los que someter directamente, y elaboraron leyes para justificar esa esclavitud. Después resultó más beneficioso poseer tierras, recaudar contribuciones, mantener la propiedad adquirida, y redactaron leyes de acuerdo con sus necesidades. Ahora les resulta más rentable mantener el actual sistema de distribución y repartición del trabajo, y crean leyes que obligan a la clase obrera a trabajar de acuerdo con esa división y repartición. Por tal motivo, la razón esencial por la que existe la esclavitud son las personas que tienen el privilegio de promulgar leyes convenientes para sus intereses. ¿Qué es una ley? ¿Qué es lo que confiere a ciertas personas la posibilidad de dictar leyes?

12. ¿Cuál es la esencia de la legislación?

La violencia organizada

Existe toda una ciencia, más antigua, engañosa y turbia que la economía política, sobre la cual, a lo largo de los siglos, sus adeptos han escrito millones de libros (la mayor parte de los cuales se contradicen entre sí) para responder a estas preguntas. Pero como el fin de esta ciencia, como el de la economía política, no es aclarar lo que es y lo que debería ser, sino demostrar que lo que es es lo que debe ser, en ella se pueden encontrar multitud de disertaciones sobre el derecho, sobre el objeto y el sujeto, sobre la idea de Estado y otros temas parecidos, que no sólo resultan incomprensibles para los que estudian esa ciencia, sino también para los que la enseñan. Y a pesar de eso en ninguna parte se puede hallar una respuesta clara a lo que es la ley.

Para la ciencia, la ley es la expresión de la voluntad del pueblo. Pero como los que violan la ley, o desean violarla pero no lo hacen por temor al castigo que supone transgredirla, son siempre muchos más que los que desean su cumplimiento, resulta evidente que la ley en ningún caso puede ser considerada la expresión de la voluntad de todo un pueblo. Existen, por ejemplo, leyes que prohíben estropear los postes telegráficos, o que premian con honores a personalidades importantes, que obligan a los hombres a cumplir el servicio militar o formar parte de un jurado, que limitan el transporte de ciertos objetos, o que prohíben cultivar la tierra o usar objetos considerados propiedad ajena, o falsificar billetes o monedas. Todas estas leyes y muchas otras son de lo más variado y pueden tener los más diversos motivos, pero ni una sola de ellas representa la voluntad del pueblo. El rasgo común de todas ellas es uno solo, a saber: si alguna persona no las cumple, los que dictaron esas leyes enviarán a hombres armados que llegarán a privar de libertad al transgresor, o incluso a quitarle la vida. Si alguien se

niega a pagar los impuestos que obligatoriamente se le descuentan de lo que recibe como parte de su trabajo, también llegarán hombres armados y le quitarán lo que se le exige. Y si opone resistencia, será golpeado, privado de libertad y hasta es posible que lo maten. Lo mismo ocurrirá con el hombre que se atreva a hacer uso de la tierra que está registrada a nombre de otro, o al que desee utilizar para su trabajo o para satisfacer sus necesidades los objetos considerados propiedad ajena: aparecerán los hombres armados, le quitarán lo que ha cogido y, si opone resistencia, lo golpearán, le privarán de su libertad e incluso pueden llegar a matarlo. La misma suerte correrá quien no exprese ante determinadas personalidades las muestras de respeto legalmente establecidas, o el que se niegue a servir como soldado o al que por necesidad emita moneda falsa… Por cada violación de las leyes establecidas el transgresor será sometido a la acción de los militares o policías, a la privación de libertad, e incluso será asesinado por aquellos que promulgaron la ley.

Se han redactado muchas constituciones, empezando por la inglesa y la estadounidense y terminando por la japonesa y la turca, según las cuales sus ciudadanos deben creer que toda la legislación que existe en sus respectivos países ha sido establecida de acuerdo con la voluntad del pueblo. Todos sabemos que no sólo en los gobiernos despóticos, sino también en los que se consideran defensores de la libertad, como los de Inglaterra, los Estados Unidos de América, Francia y otros, la ley no emana de la voluntad popular, sino de la voluntad de los que ostentan el poder, y que siempre y en todas partes la ley está hecha para beneficio de los poderosos, ya sean muchos, unos cuantos o incluso uno solo. De igual modo, siempre y en todas partes, para hacer cumplir la ley que obliga a unos a someterse a la voluntad de otros, se emplean los mismos medios: golpes, prisión, asesinato. Y no puede ser de otra manera. Y no puede ser de otra manera porque la esencia de las leyes consiste en exigir el cumplimiento de la normativa conocida, es decir, obligar a unos a hacer lo que de ellos quieren otros si no desean arriesgarse a ser maltratados, encerrados o asesinados. Si existe la ley, debe también existir la fuerza que obligue a las personas a cumplirla. Ahora bien, la única fuerza que puede obligar a los hombres a respetar las normas, es decir, a someterse a la voluntad de otros, sólo puede ser una: la violencia, pero no la violencia común y

corriente que aparece en un momento de miedo cuando un hombre lucha contra otro, sino la violencia organizada y conscientemente premeditada por aquellos que tienen el poder en sus manos para obligar a los demás a cumplir las leyes establecidas para su propio interés, es decir, para imponer su voluntad.

Así pues, la esencia de las leyes no está en el objeto o el sujeto del derecho, ni en el tipo de gobierno, o en la voluntad del pueblo, ni en muchas otras definiciones y palabras indefinidas y confusas, sino en el simple hecho de que existen personas que, valiéndose de la violencia organizada, tienen el poder de obligar a otros a satisfacer sus deseos y ansias personales. Por tanto, la definición más exacta, indiscutible y comprensible para todos de ley es la siguiente: la ley es el conjunto de normas establecidas por unas cuantas personas, que hacen uso de la violencia organizada para castigar a quien no las observa con la tortura, la privación de libertad e incluso el asesinato. Esta misma definición contiene la respuesta a la pregunta de qué es lo que permite a esas personas dictar las leyes, que no es otra cosa que la violencia organizada.

13. ¿Qué es un gobierno? ¿Es posible la existencia sin gobiernos?

La esclavitud es la causa de la miserable condición en que se encuentra la clase trabajadora. Las leyes son la causa de la esclavitud, pues están basadas en la violencia organizada. Por eso sólo es posible mejorar las condiciones de vida de las personas destruyendo la violencia organizada. Ahora bien, la violencia organizada es el gobierno mismo. ¿Y acaso se puede vivir sin gobierno? «Sin gobierno reinará el caos, la anarquía, se perderán todos los éxitos de la civilización y la humanidad volverá a la barbarie primitiva. Que nadie altere el orden establecido», dicen normalmente no sólo aquellos a quienes este orden resulta altamente beneficioso, sino también aquellos a quienes perjudica claramente pero que están tan acostumbrados a él que no pueden imaginar una vida sin la violencia del gobierno. «La destrucción del gobierno conducirá a las mayores de las desgracias: peleas, robos, asesinatos, y al final acabarán entronizados todos los malvados y esclavizadas todas las personas de bien», añaden. Sin embargo, dejando a un lado que todo esto (las peleas, saqueos, asesinatos, la entronización final de los malvados y la esclavitud de los bondadosos) ya existía y existe hoy en día, suponer que la ruptura del orden establecido conducirá a las revueltas populares y el caos no prueba que dicho orden sea bueno.

«Si atentáis contra el orden establecido, ocurrirán grandes catástrofes». Si alguien toca un ladrillo entre miles que forman una columna muy alta y estrecha, caerán y se romperán todos los ladrillos. Pero el hecho de no poder tocar un solo ladrillo para que no caigan y se destrocen todos los demás no demuestra que lo más razonable sea mantenerlos todos en esa estructura absurda y antinatural. Al contrario, eso sólo demuestra que no se los debe mantener en esa posición, sino que es necesario volver a colocarlos de tal forma que se sostengan firmemente y sea posible utilizarlos

sin hacer caer toda la estructura. Lo mismo sucede con la actual organización del Estado. El Estado es una organización extremadamente artificial y frágil, y el menor choque puede derribarlo entero. Esto demuestra que no es necesario, más bien al contrario: si en un momento determinado fue necesario, ahora es totalmente innecesario, y por tanto perjudicial y peligroso. Es perjudicial y peligroso porque, al contar con esa estructura, todo el mal que existe en nuestra sociedad no sólo no disminuye ni se rectifica, sino que aumenta y se refuerza. Y eso se debe a que o bien se justifica y se disimula con formas atractivas, o bien se oculta. La llamada «prosperidad de las naciones» que nos hacen ver los considerados gobiernos avanzados, pero que en realidad gobiernan mediante la violencia organizada, no es más que pura apariencia, una ficción. Todo lo que puede alterar esa imagen de progreso (los hambrientos, los enfermos, los inmorales) se oculta en lugares donde nadie pueda verlo. Pero el hecho de ocultarlo no demuestra que no exista. Todo lo contrario: cuanto más se oculta a esos seres miserables, tanto más crueles resultan los que los han conducido a esa situación. Es cierto que cualquier alteración del orden, y más aún la paralización de la actividad gubernamental, es decir, de la violencia organizada, destruirá la aparente belleza exterior de nuestra vida, pero no su desorganización, pues sólo sacará a la luz lo que estaba oculto y dará la posibilidad de enmendarlo.

Hasta finales de este siglo la gente ha pensado y creído que no puede vivir sin gobierno. Pero la vida continúa, las condiciones de vida y las ideas de la gente van cambiando. Y a pesar de los esfuerzos de los gobiernos, dirigidos a mantener al pueblo en un estado de infantilismo que permite al maltratado sentirse mejor si tiene a quien quejarse, la gente, y en especial la clase obrera, no sólo en Europa, sino también en Rusia, cada vez más y más empieza a salir de ese estado de atontamiento y a comprender las verdaderas condiciones de su vida. «Nos decís que sin vosotros nos invadirían las naciones vecinas, los chinos o japoneses», dicen ahora las gentes del pueblo, «pero nosotros también leemos la prensa y sabemos que nadie nos está amenazando con una guerra, que sois sólo vosotros, los gobernantes, los que, para alcanzar unas metas incomprensibles para nosotros, nos enzarzáis a unos contra otros para después, con el pretexto de proteger a la nación y exprimiéndonos a base de impuestos para mantener el ejército, la flota, las fuerzas armadas,

las líneas estratégicas de ferrocarril, que sólo sirven a vuestro engrandecimiento y vanidad, emprendéis guerras con otros países, como estáis haciendo ahora con los pacíficos chinos. Decís que por nuestro bien veláis por la propiedad de la tierra, pero lo único que ha conseguido vuestra preocupación es que toda la tierra haya pasado o esté pasando a manos de las grandes compañías, de banqueros y gente rica que no la trabajan, mientras que nosotros, la inmensa mayoría del pueblo, estamos totalmente desposeídos de tierra y sometidos al yugo de los ociosos. Vosotros, con vuestras leyes sobre la propiedad de la tierra, no protegéis su propiedad, sino que se la arrebatáis a los que la trabajan. Decís que protegéis el producto del trabajo de cualquier persona, pero en realidad hacéis lo contrario. Todos los que producen objetos valiosos, gracias a vuestra supuesta protección, están en una situación en la que nunca cobrarán por el esfuerzo de su trabajo, y toda su vida depende totalmente del control de unos vagos».

Así empiezan a entender y a manifestarse las personas a finales de nuestro siglo. El despertar del letargo en que las tenían los gobiernos se produce con una progresión cada vez más rápida. En los últimos cinco o seis años la opinión que el pueblo tiene en asuntos sociales, tanto en ciudades como en pueblos, en Europa y en Rusia, ha cambiado de manera asombrosa. Dicen que sin gobierno desaparecerán las instituciones necesarias para todos: obras sociales, centros educativos, etcétera. Pero ¿por qué ha de suponerse esto? ¿Por qué pensar que personas que no pertenecen al gobierno no podrán organizar por sí mismas su vida tan bien como la organizan hoy para otros nuestros gobernantes?

Con frecuencia vemos lo contrario, es decir, que en las más diversas situaciones de la vida en nuestra época la gente se organiza su propia vida mejor, sin comparación, de lo que se la organiza la clase gobernante. Sin injerencia alguna por parte del gobierno –y muchas veces a pesar de su injerencia–, son capaces de crear organizaciones sociales, uniones de obreros, cooperativas, compañías de ferroviarios, asociaciones culturales y sindicatos. Si para una obra social es necesaria una determinada recaudación de dinero, ¿por qué no creer que gente libre, sin ningún tipo de presión o violencia, será capaz de reunir con donaciones voluntarias los medios necesarios para una iniciativa, en lugar de hacerlo mediante el pago

de impuestos, si esa iniciativa es útil y buena para todos? ¿Por qué pensar que no puede existir un tribunal sin castigo ni violencia? Siempre han existido, y existen todavía, tribunales que ponen de acuerdo a los litigantes sin tener que recurrir a la violencia. Después de tantos años de esclavitud, estamos tan corrompidos que no podemos imaginar una forma de gobierno sin violencia. Pero esto no es cierto. Los campesinos rusos que emigran a regiones remotas, donde el gobierno no se inmiscuye en sus vidas, organizan ellos mismos sus aportaciones, su gobierno, sus juicios, su policía, y sus comunidades siempre florecen hasta el día en que la violencia del gobierno se inmiscuye en su ordenamiento. Tampoco existe razón para suponer que la gente no pueda decidir con el consentimiento común cómo distribuir el uso de la tierra. He conocido gente –cosacos de los Urales– que vivía sin reconocer la propiedad privada de la tierra. Gozaban de orden y prosperidad, lo que no se puede decir de las sociedades en las que la propiedad de la tierra está protegida por la violencia. Y actualmente conozco campesinos que viven sin reconocer ese derecho. Por lo que recuerdo, el pueblo ruso jamás reconoció nunca la propiedad de la tierra. La protección que el gobierno hace de ese derecho mediante la violencia no elimina las disputas por la propiedad, sino que las refuerza, y en su mayor parte las provoca. Si no existiera la protección de ese derecho, el valor de la tierra no habría aumentado tanto y la gente no se amontonaría en algunas regiones pequeñas, sino que iría a buscar tierras libres, de las cuales está lleno el globo terrestre. En nuestros días existe una constante lucha por la propiedad de la tierra, y esta lucha se lleva a cabo por los medios que proporciona el gobierno con sus leyes sobre la propiedad. En esta lucha nunca salen vencedores los que trabajan la tierra, sino los que toman parte en la violencia gubernamental. Lo mismo se puede decir de los productos fabricados manualmente. Estos objetos, resultado claramente del esfuerzo del trabajador y necesarios para su vida, siempre han sido protegidos por la costumbre, la opinión pública, el sentido de justicia y la solidaridad social, y no necesitan ser protegidos mediante la violencia.

El terrateniente que posee más de diez mil hectáreas [8] de bosque, cuando cerca de él viven miles de personas que no tienen con qué calentarse, cuenta con la protección estatal mediante la violencia. Esa misma protección reciben los dueños de fábricas y talleres en

los que generaciones enteras de trabajadores fueron y siguen siendo explotadas. Más protección aún necesitan las toneladas de trigo que guarda en su almacén el comerciante, esperando que llegue una hambruna para venderlas a precio de oro a la población famélica.

Pero ni un solo hombre, ni siquiera el más pervertido, excepto los ricos o los funcionarios del gobierno, lo es tanto como para arrebatar a un campesino, que vive de su trabajo en el campo, la cosecha que con tanto esfuerzo consiguió sacar adelante, o la leche de vaca con que alimenta a sus hijos, o los arados, hoces o palas que ha fabricado con sus propias manos. De existir un hombre así, que robara a otro los objetos fabricados por él mismo y necesarios para su supervivencia, despertaría hacia él tal indignación de parte de los que se hallan en las mismas condiciones que el robado que seguramente pensará que su acción no le ha compensado. Si de todos modos existiera un hombre tan falto de ética como para obrar así, lo haría a pesar de la más estricta protección de la propiedad mediante la violencia. Comúnmente se dice: «Prueben a destruir el derecho de propiedad de la tierra y los objetos necesarios para el trabajo, y dejarán de trabajar todos los que no estén seguros de que nadie les vaya a quitar lo que producen». Sin embargo, yo creo que hay que decir justamente lo contrario: «La protección por la violencia del derecho ilegal de propiedad que se practica en la actualidad prácticamente ha acabado con, o al menos la ha debilitado sensiblemente en la sociedad, la conciencia natural de lo justo e injusto en relación con la usurpación de la propiedad ajena, es decir, la noción natural e innata del derecho de propiedad, sin el cual no podría existir la humanidad y que siempre ha existido y sigue existiendo. Así pues, no tenemos razón alguna para argumentar que sin la violencia organizada la gente no estará en condiciones de gestionar su vida. Evidentemente se puede decir que los bueyes y los caballos no pueden vivir sin que los seres racionales ejerzan sobre ellos cierto tipo de violencia. Pero ¿por qué la gente no puede vivir sin que otros ejerzan violencia sobre ella? Y no hablamos de seres superiores, sino de iguales. ¿Por qué las personas deben estar sometidas a la violencia de otros que precisamente en ese momento ostentan el poder? ¿Qué puede demostrar que esos gobernantes son más inteligentes y preparados que aquellos a los que someten? El hecho de permitirse ejercer la violencia sobre las personas no sólo pone en evidencia que no son más inteligentes,

sino que son mucho más irracionales que sus víctimas. Los exámenes que se realizan en China para acceder al cargo de mandarines, como sabemos, no garantizan que lleguen al poder los más inteligentes y con mayor integridad moral. Tampoco eso está garantizado por la herencia y todos los mecanismos dispuestos en Europa para elegir a los altos funcionarios, ni siquiera las elecciones. Todo lo contrario. En realidad, sucede lo opuesto: siempre acceden al poder los menos escrupulosos moralmente. Algunos se preguntan: ¿Cómo puede la gente vivir sin gobiernos, es decir, sin violencia? Pero habría que plantearse la pregunta de otro modo: ¿Cómo pueden los hombres, seres racionales, vivir en sociedad unidos por el miedo interior a la violencia y no por el consenso racional de todos? Una de dos: los seres humanos son criaturas racionales o irracionales. Si son irracionales, entonces todo lo que debatan entre ellos será a fuerza de violencia, y en ese caso todos tendrán derecho a hacer uso de ella. La violencia de los gobiernos no tiene justificación alguna. Si los hombres son seres racionales, la relación entre ellos debería estar basada en la razón, y no en la violencia de las personas que casualmente ostentan el poder. Por ese motivo la violencia del gobierno también carece de todo fundamento.

▪

8. Tolstói emplea en el texto una antigua medida rusa, la desiátina, equivalente a 1,09254 hectáreas. (N. de la T.)

14. ¿Cómo acabar con los gobiernos?

La esclavitud de los hombres tiene su origen en las leyes. Las leyes las dictan los gobiernos, de ahí que la liberación de la esclavitud sólo sea posible destruyéndolos. Pero ¿cómo destruir los gobiernos? Todos los intentos que se han hecho hasta ahora para conseguirlo mediante la violencia siempre y en todas partes han conducido a la sustitución del gobierno derrocado por otro más duro y cruel que el anterior. Sin mencionar los intentos que ha habido en el pasado para destruir gobiernos mediante la violencia, la socialización de los medios de producción y la creación de una nueva estructura económica, así como la destrucción de la violencia de los capitalistas, según anuncia ahora la teoría socialista, deberán llevarse a cabo también mediante una nueva modalidad de violencia organizada que servirá, asimismo, para mantener el nuevo orden. Así pues, los intentos hechos hasta ahora para acabar con la violencia no han conducido, y en el futuro no conducirán, a liberar a los hombres de la violencia y, por tanto, de la esclavitud. Y no puede ser de otra manera. La violencia utiliza y somete a unos hombres por parte de otros (con la excepción de los ataques de ira o la venganza) únicamente para obligar a los últimos a obedecer la voluntad de los primeros. La esclavitud consiste precisamente en eso, en tener que realizar en contra del propio deseo la voluntad de otros. Por eso, en tanto exista la violencia de obligar a unos a cumplir la voluntad de otros contra su propio deseo, seguirá existiendo la esclavitud. Todos los intentos de destruir la esclavitud por medio de la violencia son lo mismo que querer apagar un incendio con fuego, o contener una inundación con agua, o tapar un hoyo profundo de tierra cavando otro al lado. Así pues, la manera de acabar con la esclavitud, si es que existe, no debería ser solamente crear una nueva forma de violencia, sino destruir todo aquello que permite la existencia de la violencia ejercida por los gobiernos. Esta violencia, como cualquier otra, es la que ejercen unos pocos sobre la mayoría, y que siempre ha existido y existe sólo porque unos pocos están armados y la mayoría no, o cuando unos

pocos están mejor armados frente al mayor número de sus víctimas. Ése ha sido el medio utilizado en todas las conquistas. Así sometieron a otros pueblos los griegos, los romanos, los caballeros feudales, los conquistadores españoles, y así se continúa sometiendo ahora a otros pueblos en África y Asia, tal como en tiempos de paz, y del mismo modo todos los gobiernos siguen manteniendo a sus pueblos en la mayor de las sumisiones. Tal como en la antigüedad, ahora unos pocos tienen el poder sobre todos los demás únicamente porque cuentan con armas suficientes y los otros no. Antiguamente los guerreros, guiados por sus jefes militares, atacaban a los habitantes indefensos, los sometían, les robaban, y a todos ellos, de acuerdo con su participación, su coraje o su crueldad, se les entregaba parte del botín, y cada guerrero tenía claro que la violencia que ejercía tenía una recompensa. Hoy en día los hombres armados, sacados en su mayoría de la clase trabajadora, atacan a gentes indefensas, huelguistas, sublevados o habitantes de otros países, los someten y roban (es decir, les obligan a entregar su propio trabajo, que es todo lo que tienen), y no lo hacen para sí mismos, sino para unos pocos que ni siquiera han participado en la conquista. Ésa es la única diferencia entre los antiguos conquistadores y los gobiernos actuales. Los conquistadores iban a la cabeza de sus guerreros cuando atacaban a los habitantes indefensos, y si éstos no se sometían, ellos mismos los torturaban y mataban al igual que sus soldados. Los gobiernos de hoy, en caso de insumisión, no torturan ni matan ellos mismos a sus habitantes desarmados. Obligan a hacerlo a hombres engañados y especialmente bestializados, elegidos de entre los mismos pueblos o naciones sobre los que descargan su violencia. Así pues, los antiguos guerreros hacían uso de la violencia esforzándose ellos mismos, eran valientes, crueles y sagaces. Hoy en día la violencia de los gobernantes está basada en el engaño. En otros tiempos para enfrentarse a la violencia de los hombres armados era necesario conseguir armas para oponerse a la violencia armada con la violencia armada, pero en la actualidad, cuando el pueblo está sometido, no por la violencia directa, sino por el engaño, para acabar con a la violencia es necesario solamente poner al descubierto el engaño que permite a un pequeño grupo ejercer la violencia sobre la mayor parte de la nación. Y esa mentira no es otra que la forma en que emplean su poder unos pocos poderosos (poder que han heredado de sus antecesores y que fue instituido por

los conquistadores) cuando se dirigen a la mayoría y le dicen: «Sois muchos, pero tontos y carentes de educación escolar. No sois capaces de organizar vuestra propia vida, y mucho menos de ocuparos de los asuntos sociales, por eso nosotros aceptamos hacernos cargo de esa responsabilidad. Os defenderemos de los enemigos externos, organizaremos y mantendremos los medios para que en el país haya orden interno, os dotaremos de tribunales e introduciremos y crearemos todas las instituciones sociales necesarias: centros educativos, carreteras, servicios de correo… En una palabra, nos preocuparemos de vuestro bienestar. A cambio de todo esto sólo os exigiremos obedecer las leyes que redactaremos para garantizar vuestra seguridad y beneficios: alistarse en el ejército a determinada edad y pagar impuestos, gracias a los cuales podremos pagar a los soldados en caso de necesidad».

Y las personas aceptan estas condiciones no porque hayan sopesado sus ventajas y desventajas (nunca han estado en situación de hacerlo), sino porque han vivido en ellas desde que nacieron y no conocen otras.

Si alguien se planteara la duda de si esto es necesario o no, pensando solamente en sí mismo empezaría a temer las consecuencias de su rechazo a cumplir con esas obligaciones, o bien pensaría cómo explotarlas en su propio beneficio. Por eso todos las aceptan, calculando que entregar una parte de sus ingresos y servir una parte de su vida en el ejército no les puede traer ningún perjuicio. Sin embargo, en cuanto los gobiernos tienen en su poder dinero y soldados, en lugar de emplear los medios en lo que se han comprometido a hacer, que es proteger a los suyos de enemigos externos y proporcionarles una vida digna, hacen cuanto pueden para provocar e incitar a la lucha a sus vecinos, con lo cual no sólo no contribuyen a la prosperidad de su pueblo, sino que los arruinan.

En Las mil y una noches se narra la historia de un viajero que llega a una isla desierta en la que sólo vivía un anciano inválido que estaba sentado en el suelo junto a un arroyo. El anciano le pidió al viajero que le llevara hasta la otra orilla. El viajero accedió, pero en cuanto el anciano ciñó sus piernas fuertemente alrededor del cuello del viajero, se negó a soltarlo y empezó a hacer de él cuanto quiso. Le hacía correr a su voluntad, arrancaba frutos que sólo él comía sin

dar nada a quien le transportaba, y además le llenaba de insultos e injurias.

Esto mismo ocurre con los pueblos que dan a sus gobiernos dinero y soldados. Con el dinero los gobiernos compran armas y contratan o preparan a jefes militares irresponsables y feroces. Estos jefes, por medio de sistemas ideados y perfeccionados a través de los siglos para sacar el mayor provecho del uso de armas, sistemas que en su conjunto son llamados «disciplina», entrenan a los soldados elegidos para formar regimientos disciplinados.

Cuando los soldados han sido seleccionados, contratados y armados, y como actualmente ya no se les puede compensar con parte del botín, se les somete a una nueva y especial forma de educación, introducida recientemente, llamada «disciplina». Esta disciplina consiste en que, mediante complejos y expertos métodos elaborados durante siglos, los hombres que inician esa educación y la prosiguen durante cierto tiempo acaban perdiendo la principal cualidad del ser humano, a saber, el razonamiento libre, y convirtiéndose en instrumentos maquinales de tortura y asesinato en manos de su bien organizada y jerárquica autoridad militar.

No en vano todos los reyes, emperadores y presidentes valoran tanto la disciplina, experimentan tanto temor cuando se rompe y dan tanta importancia a los desfiles, las revistas, las maniobras, las marchas ceremoniales y estupideces por el estilo. Saben que todas esas cosas mantienen la disciplina, y que en ella se basa no sólo su poder, sino también su propia existencia. Un ejército disciplinado es la herramienta mediante la cual pueden cometer los crímenes más horribles con manos ajenas, cuyo sólo espejismo doblega ya al pueblo. Es precisamente en estos ejércitos disciplinados en donde reside la esencia de la gran mentira que permite a los gobiernos de nuestra época ejercer su poder sobre su gente. Cuando el gobierno tiene en su poder esta arma involuntaria de violencia y asesinato, entonces el pueblo entero queda sometido y los gobernantes ya no lo soltarán y lo destruirán, y además lo escarnecerán convenciéndolo, mediante una engañosa educación religiosa y patriótica, de que deben devoción y hasta adoración a los mismos que tienen a la nación entera esclavizada y atormentada. He aquí, en la necesidad de este disciplinado ejército, donde reside el engaño

que permite a los gobiernos de nuestra época dominar a los pueblos. Ya hemos dicho que el único medio de destruir los gobiernos no es la violencia, sino la exposición clara de este engaño. Es necesario que la gente comprenda, en primer lugar, que en el mundo cristiano no hay ninguna necesidad de defenderse unos de otros, que los odios entre las naciones los provocan precisamente los gobiernos mismos y que las fuerzas armadas sólo son necesarias para proteger a un grupúsculo de poderosos. El pueblo no sólo no las necesita, sino que en gran medida son perjudiciales para él, ya que sirven para esclavizarlo. En segundo lugar, es preciso que la gente comprenda que esa disciplina tan valorada por todos los gobiernos constituye, al ser ejercida, el mayor de los crímenes que puede cometer una persona, y que es la clara demostración de los funestos fines de un gobierno. Esa disciplina destruye la razón y la libertad de la persona, y no puede tener más finalidad que formar y perfeccionar la ejecución de atrocidades que ningún ser humano cometería en su estado normal. Ni siquiera es necesaria en una guerra nacional, como se ha demostrado recientemente en las guerras de los bóers entre el imperio británico y los colonos neerlandeses. El único sentido, y principal, de la disciplina es el que tan bien ha definido Guillermo II, rey de Prusia y emperador de Alemania: «hacer que los hombres cometan en su nombre el mayor de los crímenes, como es el asesinato de sus padres y hermanos».

El origen de la pobreza del pueblo es la esclavitud. La esclavitud se fundamenta en las leyes. Las leyes las crean los gobiernos. Por esa razón, para mejorar la situación de las personas de nuestra época, es necesario destruir los gobiernos. Para la destrucción de los gobiernos se necesita concienciarse de su inutilidad y de los medios asesinos que emplean para someter al pueblo. El escritor alemán Eugen Schmitt, editor de la revista Ohne Staat («Sin gobierno») de Budapest, ha publicado en ella un artículo profundamente verídico y valiente no sólo por su modo de expresión, sino también por su significado. En él demuestra que, si bien los gobiernos proporcionan a sus sometidos cierto tipo de seguridad, también actúan como el bandido calabrés, que exigía tributos a todo el que quería recorrer los caminos sin ser atacado. Schmitt fue procesado por ese artículo, pero el jurado le absolvió honorablemente, como no podía ser de otra manera, al reconocer la verdad de sus ideas. Estamos tan hipnotizados por los gobiernos que esta comparación nos parece

una exageración, una paradoja, una broma, y sin embargo no es nada de eso. Es muchísimo más, porque la acción de todos los gobiernos es infinitamente más inhumana y, sobre todo, más dañina que la del bandido de Calabria. Éste despojaba de sus bienes a los ricos; los gobiernos despojan de todo a los pobres y favorecen a los ricos y les ayudan a cometer sus delitos, los protegen. El bandido arriesgaba su propia vida en sus acciones; los gobiernos no arriesgan nada y basan todos sus actos en la mentira y el engaño. El bandido no alistaba a nadie a la fuerza en su cuadrilla de bandoleros; los gobiernos eligen a sus soldados casi siempre a la fuerza. El bandido ofrecía las mismas garantías de seguridad a todo el que le pagaba la suma acordada, sin distinción; los gobiernos protegen más a quienes más les pagan y más participan en su engaño, y éstos no sólo reciben seguridad, sino también reconocimientos. El más protegido (siempre lleva escolta) es el emperador, y tras él vienen los reyes, presidentes, y todos ellos son los que más dinero gastan de todo lo que se ha recolectado a su pueblo a través de los impuestos. Después, dependiendo de su mayor o menor participación en los delitos del gobierno, vienen los altos mandos militares, los ministros, comisarios de policía, los gobernadores, y así sucesivamente hasta llegar a los cargos municipales, que son los que menos perciben y los más desprotegidos.

El que se opone rotundamente a involucrarse en los delitos del gobierno, negándose a participar en los jurados, pagar impuestos o servir como soldado, se ve enfrentado a la violencia, tal como hacía el bandido calabrés con los que se negaban a pagarle. Pero los bandidos no pervierten el pensamiento de las personas. Los gobiernos, por el contrario, para conseguir sus metas, pervierten a generaciones enteras de niños y adultos con falsas enseñanzas religiosas y patrióticas. Y lo peor de todo es que ni el bandido más cruel, llámese Stepán Razin [9] o Cartouche [10] , puede compararse por su crueldad, su inhumanidad y su variedad de torturas no sólo con los grandes torturadores famosos, como Iván el Terrible, Luis XI o las Isabeles, sino con los actuales gobiernos liberales y constitucionales, con sus celdas de aislamiento, batallones disciplinarios, matanzas de sublevados y los caídos en sus guerras.

La relación con los gobiernos, al igual que con las iglesias, es

inconcebible sin piedad o desprecio. Mientras el hombre no comprenda qué es un gobierno y qué es una iglesia, no podrá relacionarse con ninguna de las dos instituciones más que con resignación.

En realidad, ¿qué es un gobierno sino una institución de bandidos? Una institución más compleja que la del bandido de Calabria, pero mucho más cruel y despiadada. El que se niega a tomar parte en los delitos del gobierno, ya sea renunciando al servicio militar, a pagar impuestos o a formar parte de un jurado, es sometido, como los bandidos, a todo tipo de violencia. Para liberar a los hombres de la pobreza y la esclavitud es necesario que comprendan que los gobiernos no son instituciones absolutamente necesarias y sagradas a las cuales hay que rendirles sumisión y pleitesía, como se suele inculcar a todo el mundo. Resulta imposible comportarse de otro modo ante el gobierno y la Iglesia. Pero, a pesar de la hipnotización general que suelen utilizar los gobiernos para mantener su posición, el tiempo de esta relación de pleitesía cada vez se acerca más y más a su fin. Ha llegado el momento de que las personas entiendan que, esencialmente, los gobiernos no son necesarios, sino que además son organizaciones perjudiciales e inmorales en grado supremo, en las que cualquier persona que se respete a sí misma no puede ni debe participar, y cuyas ventajas no puede ni debe utilizar. Cuanto antes y con más claridad se entienda esto, con mayor celeridad y de forma natural las personas dejarán de participar en los asuntos del gobierno entregándole soldados y dinero. Cuando la mayoría de las personas deje de hacer eso, el engaño que las está sometiendo se destruirá por sí mismo. Sólo así se podrán liberar de la esclavitud.

■

9. Stepán Timoféyevich Razin fue un líder de los cosacos del Don y héroe popular que condujo una gran sublevación contra la nobleza y la burocracia del zar en el sur de Rusia en el siglo

XVII

. (N. de la T.)

10. Luis-Dominique Cartouche, famoso bandolero francés del mismo siglo. (N. de la T.)

15. ¿Qué debe hacer cada persona individualmente?

«Pero todos estos argumentos, justos o injustos, no se pueden aplicar en la vida», me parece escuchar con desgana a las personas acostumbradas a su posición y que piensan que es imposible cambiarla o no desean hacerlo. «Dígame, ¿qué hay que hacer exactamente? ¿Cómo organizar mejor la sociedad?», preguntarán generalmente los miembros de las clases pudientes. Estas clases están tan acostumbradas a su papel de amos y dueños de esclavos que, cuando se habla de mejorar la situación de los obreros, afianzándose en su posición de terratenientes, empiezan de inmediato a inventar cualquier tipo de proyectos para organizar la vida de sus esclavos. Ni por un instante se les pasa por la cabeza que no tienen derecho alguno a inmiscuirse en los asuntos de otras personas, y que, si realmente desearan el bien a los demás, lo único que podrían y deberían hacer es dejar de cometer las inmoralidades que están llevando a cabo en estos momentos. Y esas inmoralidades están bien definidas y son claras como el agua. Es inmoral de su parte no sólo que utilicen el trabajo forzado de los esclavos y que no quieran renunciar a este uso, sino también que ellos mismos participen en la organización y mantenimiento de ese trabajo. Precisamente eso es lo que deben dejar de hacer. La clase obrera, por su parte, está ya tan corrompida por su propia esclavitud, que la mayoría de ellos creen que si su posición es inhumana se debe a sus propios amos, que les pagan muy poco y además poseen todos los medios de producción. Ni se les pasa por la imaginación que su miserable situación depende de ellos mismos, y que si desean mejorar su posición y la de sus hermanos, y no solamente satisfacer su egoísmo personal, lo primero que deben hacer es acabar ellos mismos con su propia inmoralidad, es decir, tratar de mejorar su situación material por los mismos medios que les han conducido a la esclavitud: no ceder a la tentación de satisfacer las costumbres que han asimilado a base de sacrificar su dignidad personal y su

libertad, aceptando responsabilidades inmorales y humillantes, o fabricando objetos innecesarios o perniciosos. Pero lo peor es que apoyan a los gobiernos, les pagan impuestos, se alistan en sus filas sin dudarlo y lo único que consiguen con todo esto es contribuir a su propia esclavitud.

Para que mejore la situación de las personas, tanto de las clases ricas como de los obreros, es preciso entender que es tarea imposible si no se sacrifica, en primer lugar, el propio egoísmo; que no existe el servicio al prójimo sin sacrificar las codicias personales, y para ello deben estar dispuestos a cambiar completamente la forma de vida a la que están acostumbrados, y a verse privados de las ventajas de las que han disfrutado hasta ahora, así como a una tensa lucha no sólo con los gobiernos, sino también consigo mismos y con sus familiares; y estar dispuestos a soportar la persecución por no responder a las exigencias de los gobiernos.

De ahí que la respuesta a la pregunta de qué se debe hacer sea muy simple y clara, y que en gran medida sea siempre y para todos aplicable y realizable, aunque no sea la que esperan los que, como las clases ricas, están convencidos de que no están llamados a perfeccionarse a sí mismos (tan buenos son), sino a instruir y organizar las vidas de otros hombres. Tampoco es la respuesta esperada por los obreros, pues están seguros de que los culpables de sus miserias no son ellos mismos, sino los capitalistas, y que para mejorar esta situación lo único que hay que hacer es arrebatar a estos últimos todas las comodidades de que disponen y hacer que cualquier persona pueda igualmente disfrutar de ellas.

La respuesta es sencilla y fácilmente aplicable, ya que invita a actuar a la única persona sobre la cual cada uno tiene un poder real, legal e indiscutible: uno mismo. Toda persona, ya sea amo o esclavo, que desee realmente mejorar no sólo su posición, sino también la de sus semejantes, debe empezar por no cometer ella misma las inmoralidades que les conducen a la esclavitud a ella y a sus semejantes. Y para ello debe, en primer lugar, ni voluntaria ni obligadamente, tomar parte en las acciones del gobierno, y por tanto no aceptar ser soldado, ni capitán, ni ministro, ni recaudador de impuestos, ni testigo ni jurado en un juicio, ni alcalde, ni gobernador, ni diputado del parlamento, y, en general, no participar

en ninguna actividad relacionada con la violencia. Punto uno.

En segundo lugar, esa persona no debe pagar impuestos voluntariamente al gobierno, ni directos ni indirectos, y tampoco debe utilizar el dinero recogido por los recaudadores en forma de compensación o de pensión, ni de premio entregado por ninguna institución gubernamental y que haya sido recaudado a la fuerza arrebatándoselo al pueblo. Punto dos.

En tercer lugar, el hombre que no sólo desea su bienestar sino el de toda la sociedad no debe recurrir a la violencia del gobierno solicitando que proteja su tierra o sus pertenencias, o que garantice su seguridad y la de los suyos, sino disponer de la tierra y de todo lo que produzca su propio trabajo y el ajeno sólo en la medida en que no se acapare el derecho de los demás.

«Pero eso es imposible. Renunciar a toda participación en los asuntos del gobierno significa renunciar a la vida», dirán algunos. El hombre que se niegue a hacer el servicio militar será encarcelado; el que rehúse pagar impuestos será castigado y una parte de sus bienes será confiscada; el que no sirva al gobierno sin tener otros medios de subsistencia se condenará y condenará a su familia a morir de hambre, y lo mismo le ocurrirá al que se niegue a poner a su persona y sus propiedades bajo la protección del gobierno. Asimismo, la no utilización de aquellos bienes sometidos al pago de impuestos o las estructuras creadas por el gobierno es de todo punto imposible, ya que los bienes sometidos a impuestos son normalmente los de primera necesidad. Igualmente resulta imposible la vida sin hacer uso de las estructuras civiles creadas por los gobiernos, como pueden ser el servicio de correos, las carreteras y otros.

Es absolutamente justo que para el hombre de nuestro tiempo resulte difícil renunciar a cualquier participación en la violencia gubernamental. No todos pueden disponer su vida en condiciones en que no se vean obligados a tomar parte, en cierta medida, en la violencia del gobierno. Pero eso no significa que no exista la posibilidad de que, poco a poco, se pueda liberar de ella. No todos los hombres tendrán la valentía de oponerse al servicio militar (aunque los hay y los habrá), pero cualquiera puede renunciar por propia voluntad a prestar sus servicios en las fuerzas armadas, la

policía, los tribunales o el fisco, y preferir un oficio independiente menos remunerado. No todos los hombres tienen la fuerza necesaria para renunciar a la propiedad de la tierra (aunque los hay que lo hacen), pero cualquiera puede, comprendiendo el delito que supone tal propiedad, recortar a voluntad sus límites. No todos los hombres son capaces de renunciar a poseer un capital (aunque los hay) y a hacer uso de los objetos protegidos por la violencia, pero cualquiera puede disminuir el número de sus necesidades e ir reduciendo poco a poco la necesidad de contar con bienes y objetos que despiertan la envidia ajena. No todos los hombres pueden renunciar a los subsidios y pensiones que ofrece el Estado (si bien los hay que prefieren pasar hambre antes que colaborar con la deshonesta actividad gubernamental), pero cualquiera puede preferir recibir menos si a cambio sus obligaciones están menos asociadas a la violencia. No todos pueden renunciar a estudiar en las universidades públicas (si bien los hay), pero sí pueden preferir una escuela cooperativa a una estatal. Todos pueden consumir y hacer menos uso cada vez de los bienes sometidos a impuestos y de los servicios dirigidos por el gobierno.

Entre el orden actual de las cosas, basado en la más burda violencia, y un ideal de vida basado en la comunicación entre las personas, el acuerdo racional y mantenido por la costumbre, existe una gama infinita de grados por los que ha ido y sigue yendo la humanidad, y la aproximación a este ideal sólo es posible en la medida en que las personas se vayan liberando de participar en la violencia, de utilizarla y de estar acostumbradas a ella. No sabemos y no podemos predecir, y mucho menos determinar, como hacen nuestros hombres de ciencia, de qué modo se realizará este progresivo debilitamiento de los gobiernos y cómo la gente se irá liberando de ellos. No sabemos qué forma adoptará la vida humana según se vaya liberando de la violencia de los gobiernos. Pero sin lugar a duda sabemos que la vida de las personas que, entendiendo el carácter delictivo y maligno de la actividad gubernamental, intentarán no utilizarla y no participar en ella será absolutamente distinta y estará más de acuerdo con la vida moral y con nuestra conciencia que la vida actual, en la que los hombres que utilizan la violencia del Estado y participan en ella aparentan luchar contra ella, intentando aniquilar la antigua violencia con una nueva. Lo importante es que todos estamos de acuerdo en que la estructura de

la vida actual es injusta. Esta injusticia proviene de la esclavitud originada en la violencia de los gobiernos. Para destruir la violencia de los gobiernos existe sólo un medio: renunciar a participar en ella. De ahí que preguntarse si será fácil o difícil abstenerse de participar en la violencia de los gobiernos, o si se verán más pronto o más tarde los beneficiosos resultados de esa abstención, no es una cuestión prioritaria, porque la liberación de la esclavitud únicamente puede conseguirse por un solo medio, y no existe otro. En qué medida y cuándo se logrará en cada sociedad y en el mundo entero la sustitución de la violencia por el acuerdo razonable y libre, ratificado por la costumbre, dependerá de la fuerza y claridad de conciencia de las personas y de la cantidad de personas que posean esa conciencia. Cada uno de nosotros es un individuo independiente, y cada uno puede contribuir al avance general de la humanidad con su conciencia más o menos clara o teniendo una meta moral, o por el contrario puede convertirse en un obstáculo para ese movimiento. La elección la hace uno: ir en contra de la voluntad de Dios, levantando sobre la arena la casa de su falsa y transitoria vida, o unirse al eterno e inmortal movimiento de la vida verdadera de acuerdo con la voluntad de Dios.

Pero quizás yo estoy equivocado y debería sacar otras conclusiones totalmente distintas de la historia de la humanidad. Tal vez la humanidad no se dirige a la liberación de la violencia, y hasta es posible que alguien pueda demostrar que esta violencia es un factor necesario del progreso, y que el gobierno con su violencia es la forma de vida necesaria, o que la sociedad estará peor si se destruyen los gobiernos, la propiedad privada y la protección de las personas y los bienes.

Supongamos que es así, y que todos los razonamientos anteriores no son válidos. Pero, aparte de la imagen general que se tenga sobre la humanidad, cada persona se puede preguntar sobre su propia vida e, independientemente de cualquier debate sobre las leyes generales de la vida, no puede hacer lo que considera pernicioso e inmoral.

«Es muy posible que el Estado sea una forma necesaria del desarrollo de la persona; que la violencia gubernamental sea necesaria para el bien de la sociedad. Es posible, incluso, que se pueda llegar a esas conclusiones a partir de la historia y que todos

esos razonamientos sean correctos», dirá cualquier persona honesta y sincera de nuestro tiempo. «Pero el asesinato es un mal, y esto lo sé por encima de cualquier razonamiento. Si me exigís ingresar en las fuerzas armadas o que aporte dinero para pagar y armar a soldados, comprar cañones o construir acorazados, es porque queréis que participe en un crimen, y yo no quiero y no puedo hacerlo. Tampoco quiero ni puedo hacer uso del dinero que, con amenaza de muerte, arrancáis a los pobres. Tampoco quiero utilizar la tierra ni los capitales que protegéis, porque sé que lo hacéis sólo mediante el asesinato. Puede que antes lo haya hecho, cuando no veía la criminalidad de estas acciones, pero en cuanto lo he visto, no puedo dejar de verlo y ya no puedo tomar parte en esas acciones. Sé que todos estamos tan unidos por la violencia que es difícil separarse de ella, pero aun así haré todo lo posible para no participar de ella, no quiero ser su cómplice, y trataré de no utilizar aquello que ha sido adquirido por su intervención. Tengo una sola vida. ¿Por qué razón, en esta corta vida mía, actuando en contra de la voz de mi conciencia, habría de convertirme en partícipe de vuestras repugnantes acciones? No quiero serlo y no lo seré. ¿Cuál será el resultado de mi postura? Lo ignoro. Tan sólo creo que de la inmoralidad no puede salir nada bueno, y que voy a actuar como me dicta la voz de mi conciencia».

Es así como toda persona honesta y sincera de nuestro tiempo debe responder a cualquier argumentación sobre la necesidad de los gobiernos y de la violencia, y a cualquier exigencia o invitación a participar en ella. Eso es lo que nuestro juez supremo e incuestionable, la voz de nuestra conciencia, confirma para todos nosotros, y es el resultado final de mis consideraciones generales.

Conclusión

Después de leer este ensayo, muchos dirán: «Otra vez el mismo sermón: por una parte, la aniquilación del orden existente sin ofrecer ningún otro que lo sustituya; y por otra, el viejo sermón de la inacción. La actividad de los gobiernos es inmoral, como lo es la de los terratenientes y empresarios, y la de los anarquistas y revolucionarios. Es decir, ninguna práctica actual es buena, y sólo lo sería una actividad indefinida, espiritual y moral, pero que nos llevaría al caos y a la inmovilidad». Sé que así piensan y hablan muchas personas serias y sinceras. Pero lo que más preocupa a la gente, si llegara a faltar la violencia, es la ausencia de protección de sus propiedades y la posibilidad de que cada uno pueda tomar de otro, sin ser castigado, lo que le falta o se le antoja. Acostumbrados a ver protegidos sus bienes y sus personas por la violencia, los hombres creen que sin esa protección sólo existirá el caos, la lucha constante de unos contra otros.

No voy a repetir lo que ya he dicho antes, que la protección de la propiedad no disminuye, sino que aumenta el desorden. Pero, aun suponiendo que, si esta protección falta, todo se convertirá en desorden, ¿qué deben hacer entonces las personas que han reconocido la causa de las desdichas que padecen? Si comprendemos que somos enfermos de alcoholismo, ya no podremos continuar bebiendo, esperando que nuestro estado mejore bebiendo moderadamente o bebiendo pero tomando los medicamentos prescritos por un médico medio cegato. Lo mismo ocurre con las enfermedades de la sociedad. Si llegamos a entender que nuestra enfermedad radica en que unas personas ejercen la violencia sobre otras, resultaría imposible seguir apoyando esa violencia gubernamental que existe hoy en día o introduciendo una forma nueva de violencia, revolucionaria, socialista. Esto se podría haber hecho antes de que se hiciera palpable la principal causa de las desdichas humanas. Pero, una vez que esa causa ha quedado en evidencia, y que consiste en que unas personas sufren la violencia

que sobre ellas ejercen otras, ya no es posible mejorar su situación continuando con la antigua violencia o introduciendo una nueva. Tal como el alcohólico tiene una sola forma de liberarse del motivo de su enfermedad, y que es abstenerse de tomar vino, así nosotros, para liberar a la sociedad de una estructura social maligna, contamos con un solo medio, que consiste en abstenerse de cometer actos violentos, origen de las desgracias: renunciar a la violencia personal, a la propagación de la violencia, a cualquier justificación de la violencia.

Poco importa que sólo contemos con un medio de acabar con ella, porque ese medio es necesario y está de acuerdo con la ley moral de cada persona de nuestro tiempo. Si un hombre de nuestra época comprende de una vez por todas que cualquier protección de la propiedad y de las personas mediante la violencia sólo se consigue con amenazas de asesinato y asesinatos reales, ya no podrá hacer uso, con la conciencia tranquila, de lo que ha sido adquirido mediante el asesinato o las amenazas, sino que tratará por todos los medios de alejarse lo más posible de ambas cosas. Así pues, lo que se necesita para liberar a la gente de sus desdichas es necesario igualmente para satisfacer los sentimientos morales de cada uno de nosotros. Por tanto, cada persona individual no puede albergar ya ninguna duda de que, tanto para el bien común como para el cumplimiento de su propia ley de vida, no debe participar en nada relacionado con la violencia, ni puede justificarla ni puede hacer uso de ella.

FIN

Título original: Рабство нашего времени

(Rabstvo nashego vremeni)

Edición en formato digital: 2024

© de la traducción: Esther Gómez Parro, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037, Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-750-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.